

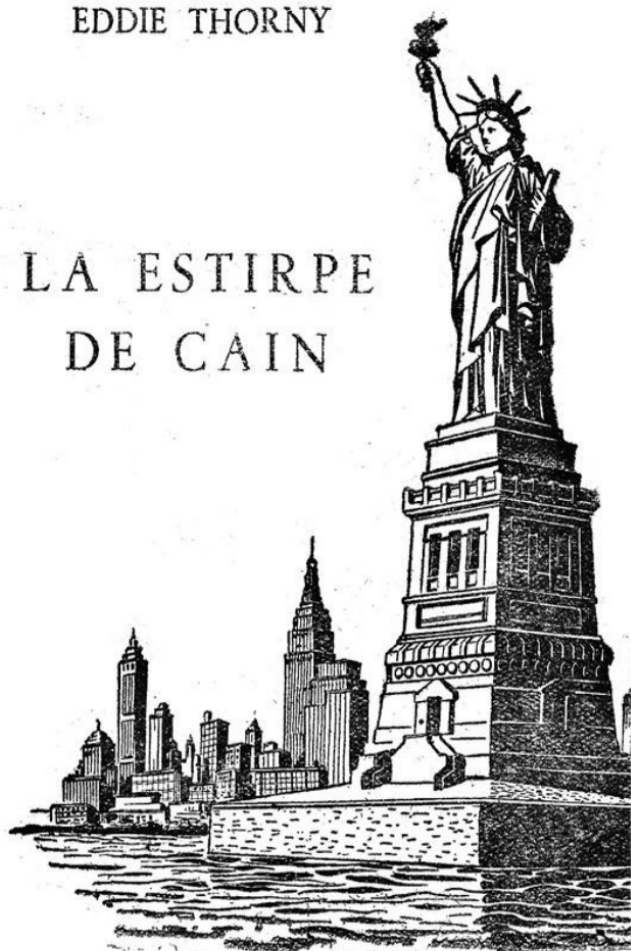
EDDIE THORNY

FBI

**La estirpe
de ~~C~~A~~I~~N**

EDDIE THORNY

LA ESTIRPE
DE CAIN



DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1959
PRINTED IN SPAIN



Madera, 10, Madrid.

N.º Rgto. 6039.—1959
DEPÓSITO LEGAL. M. 11680.—1959

osé RUIZ ALONSO - Impresor - Quiñones, 3 - Tel. 24 88 51-Madrid

I

TENTATIVA DE ASESINATO

EL rostro redondo y sonrosado de Edward Fielder, jefe de policía de Lake Placid, reflejaba tanto asombro como incredulidad y desconcierto. Escuchaba con atento interés, procurando entender lo que decía su visitante, pero el relato parecía superar su capacidad de comprensión.

—Un poco raro todo, ¿eh? —comentó vacilante el final—. Quizá le parezca tonto, pero si quisiera repetirlo otra vez...

Con gesto de resignación Fred Sloane comentó de nuevo. Confuso y sorprendido advirtió entonces algo inexplicable: cuantas más veces refería los hechos, menos verosímiles se le antojaban. Y si esto le sucedía a él, único testigo presencial, salvado milagrosamente de convertirse en víctima, ¿cómo convencer a los otros de que contaba la verdad pura y simple?

—Bien. El coche pasó de largo por delante de mí, marchando a reducida velocidad. Luego dio media vuelta y, tras enfocarme de lleno con los faros, deslumbrándome un momento...

El conductor debió pisar a fondo el acelerador y el automóvil se precipitó sobre él a setenta u ochenta millas por hora. Fred se apartó del borde de la acera, asaltado por un negro presentimiento. Pero el coche abandonó la calzada, para penetrar en la acera con el deliberado propósito de aplastarle.

—Traté de ganar en dos saltos el quicio de una puerta. Aunque fui muy rápido, el automóvil lo fue más. Una de las aletas me alcanzó de refilón y...

Salió lanzado contra la pared, pegándose un buen golpe y

rodando, medio atontado, por el suelo. Se repuso con rapidez. Para entonces, sin embargo, el coche se perdía en la lejanía.

—Sólo pudo comprobar un extremo sospechoso: llevaba apagado el foco piloto que debía iluminar el número de la matrícula.

Miró a Fielder al concluir. El rostro de luna llena del jefe de policía estaba lleno de sombras. La perplejidad surcaba de profundas arrugas su frente y contraía su boca en rictus de escepticismo.

—¿Supone entonces que alguien quiso matarle? —preguntó, tras una breve pausa.

—Tengo la plena seguridad —contestó Sloane—. El coche se metió en la acera con el firme y deliberado propósito de aplastarme.

—Es posible —admitió Fielder, cuyo tono demostraba que pensaba todo lo contrario—. Pero ¿quién y por qué?

Era la misma pregunta que Fred llevaba media hora larga formulándose sin hallar una respuesta lógica. Nadie mata sin razón ni motivo, por el simple placer de matar, excepto algunos desequilibrados mentales en el curso de un ataque de locura homicida.

Sería excesiva casualidad que él fuera a tropezarse con uno de aquellos locos sueltos y al volante de un automóvil a las pocas horas de poner los pies en Lake Placid. Por otro lado...

—Tengo la impresión de que pasó primero por mi lado para convencerse de que era yo, y que sólo cuando tuvo la plena seguridad de quien era...

Estaba convencido de que era a él, a Frederick Morton Sloane, agente especial del Federal Bureau of Investigation, al que había tratado de borrar del mundo de los vivos el desconocido conductor del coche. Pero aquel convencimiento no contribuía a esclarecer el enigma; acentuaba, por el contrario, las sombras que lo envolvían.

—No conozco a nadie en Lake Placid—hubo de confesar—. Y no creo, desde luego, que ninguno de sus habitantes tenga motivos de hostilidad contra mí ni deseos de hacerme abandonar, con excesiva precipitación, este valle de lágrimas.

—Y, sin embargo —objetó Fielder—, está persuadido de que alguien pretendió asesinarle hace cuarenta minutos, ¿verdad?

Fred inclinó la cabeza en gesto afirmativo. No obstante, a medida que transcurría el tiempo se iba esfumando la certidumbre

del primer instante. Cuando el coche penetró en la acera y una de sus aletas le golpeó de refilón, el hecho parecía incuestionable y de fácil interpretación.

Pero ahora, al tratar de hallarle una explicación, cualquier asomo de justificación por remoto que fuese, surgían las dificultades. Sólo una persona que le odiase mortalmente y careciera de toda clase de escrúpulos podía intentar matarle de aquella manera. La pega era que no allí, sino ni siquiera en Albany o el mismo Nueva York, creía tener enemigos de aquella clase.

—¡Lilly Ramsey! —exclamó de pronto, asaltado por una idea repentina—. Quizá ese bestia de Ramsey...

Era un poco fuerte pensarlo, pero acaso fuera la explicación. En definitiva, era la única persona que conocía en Lake Placid, aunque su conocimiento directo no se prolongase arriba de tres o cuatro minutos.

—Quiso pegarme y tuve que estropearle un poco el físico. Es posible que no me lo haya perdonado y que esta noche me siguiera los pasos para...

Resucitó mentalmente el incidente vulgar y desagradable. Su irrupción despreocupada en una de las calles céntricas de la población al volante del Chrysler y el peligro en que le puso el camión de diez toneladas, que conducía Billy, al cruzarse inesperadamente en su camino.

Lógicamente debió concentrar su atención en el centro de la calzada y no apartar la mirada del frente. De haberlo hecho, probablemente no habría sucedido nada. Pero se distrajo un instante mirando hacia una de las aceras y estuvo a punto de producirse la catástrofe.

Logró evitarlo, dando media vuelta rápida al volante y pasando por delante del camión sin rozarle siquiera; por desgracia no ocurrió lo mismo con un árbol, con el que fue a tropezar el Chrysler sin excesiva violencia.

Era el más perjudicado y pudo desahogarse dedicando unos cuantos epítetos malsonantes al conductor del camión. Pero en su fuero íntimo reconocía que la distracción de mirar a un lado —plenamente justificada por una chica encantadora que pasaba en aquel preciso instante— tuvo bastante que ver en lo sucedido y cerró prudentemente la boca.

Billy Ramsey no imitó su cuerdo proceder. Era un tipo con la corpulencia de un toro y su misma inteligencia, y le indignó la conducta de Fred. Dio por descontado que entre él y el otro conductor existía la misma diferencia de potencia que entre sus respectivos vehículos y quiso alardear de una superioridad que juzgaba indiscutible.

—Voy a enseñar a ese imbécil algo que no olvidará mientras viva —anunció a voz en grito, apeándose de un salto y corriendo hacia el punto en que Sloane contemplaba cariacontecido el lamentable estado de su Chrysler.

Fred le vio acercarse sin demostrar el menor temor. Billy le sacaba la cabeza y agitaba en el aire unos puños que parecían palas. Comprendió sus intenciones, pero no se amilanó. Lejos de ello, se atrevió a recomendarle.

—¡Tómalo con calma, muchacho! A las malas, podría hacerte daño.

—¿A mí? —gritó entre indignado y sorprendido el otro—. ¡No sueñes despierto! Cuando te acaricie la cara, y va a ser ahora...

Puso el mayor empeño en que los hechos correspondieran a las palabras, pero no consiguió sus propósitos. Lanzó con furia ciega sus puños, que golpearon incomprensiblemente el aire y se encontró, sin saber cómo, con los de su contrincante.

Un segundo después, sin acabar de comprender por qué aparecía en el suelo, con un mareo dentro de la cabeza que no procedía únicamente de los «whiskeis» trasegados media hora antes. Distantes, confusas, pero no por ello menos hirientes, llegaron entonces a sus oídos unas palabras de Fred.

—Si no tienes bastante, puedes volver por más.

Se le antojaron un insulto imperdonable y se incorporó de un salto, mascullando maldiciones y amenazas. De pie, a cuatro pasos de distancia, le aguardaba el otro sonriendo con aire desdeñoso.

—¡Voy a pisarte el cuello! —anunció, ceñudo.

Pero el intento resultó más arduo de lo que presumía. Escarmentado por lo ocurrido en el primer asalto, trató de cubrirse la cara al acometer de nuevo a su contrincante. Por desgracia no le sirvió de nada. Un izquierdazo al plexo solar le cortó la respiración y le obligó a bajar la guardia; dos golpes secos y precisos tornaron a sentarle en el suelo, con un ojo cerrado y la nariz aplastada y

sangrante.

—¡Olvídelo, amigo! Ramsey estaba un poco bebido y por eso trató de agredirle, pero es un buen chico, y cuando se le pase lamentará lo sucedido.

Bien. Fred no tenía nada contra él, especialmente luego de haberle dado una pequeña paliza, anticipándose a la que el otro quiso propinarle. No le interesaba prolongar su estancia en Lake Placid, y en cuanto a los ligeros desperfectos del coche...

—Lo tengo asegurado contra todo riesgo.

Dejó que el policía local se encargase de ayudar a recobrar la verticalidad a Billy y volvió junto a su coche. Al lado descubrió a la chica cuya presencia le distrajo lo suficiente para hacer inevitable el incidente. Encontró su distracción perfectamente justificada.

No allí, en una población de tercer orden, perdida en lo más intrincado de los Adirondak, sino en cualquier urbe cosmopolita y tentacular, una mujer así obligaría a todos los hombres a volver la cabeza a su paso. Era alta, esbelta, rubia, con el pelo tejido con rayos de sol y unos ojos claros, de dulce y acariciante mirar.

—Qué, preciosidad, ¿le agradó el espectáculo?

A la muchacha, que se había detenido para presenciar Ja breve disputa, no le satisfizo el tono empleado por Fred al abordarla y su réplica fue una clara demostración de sus sentimientos.

—Lo menos que merecía —contestó desdeñosa—, era pasar unos días a la sombra.

—¿Por impedir que ese mastodonte me estropease el físico?

—Por provocarle para estropeárselo a él. Fuera del *ring*, los boxeadores...

Slone sonrió divertido. La chica parecía tomarle por un púgil profesional. Era un elogio indirecto a la maestría con que manejaba los puños. Pero su sonrisa sirvió para acentuar la indignación de la joven.

—¡Ríase encima, como si hubiese hecho una gracia! —exclamó enfurruñada—. Ya veremos si continúa riendo cuando lea lo que voy a publicar. Haré que le retiren su licencia, y...

—Lamento desilusionarla, encanto —la atajó Fred—, pero perderá el tiempo. No me gano la vida a puñetazos, y la Boxing Commision me tiene totalmente sin cuidado. En cuanto a usted...

—Yo debo tenerle más sin cuidado aún —cortó, desabrida, la

chica, dando media vuelta y alejándose sin volver la cabeza.

Sloane la siguió con la mirada hasta que dobló una esquina próxima.

—¿La conoce? —preguntó interesado a uno de los curiosos que aparecía a su lado.

—¡Claro! Se llama Grace Flowers y trabaja en el «Daily». Físicamente, un bombón; pero, con un genio que...

Fred había comprobado personalmente ambas cosas. Tanto el nombre como el apellido —¿no sería un seudónimo?—, cuadraban perfectamente con la perfección de sus facciones y la gracia de sus movimientos, pero estaban en abierta oposición con su carácter. Sin embargo, nadie podría negar que resultaba encantadora incluso con el ceño fruncido y pronunciando palabras desagradables.

—Busque por otro lado, amigo —llegó en aquel instante a sus oídos la voz pausada y ronca de Edward Fidler—. Esa persona no pudo intentar asesinarle, por la sencilla y definitiva razón de que tuvimos que encerrarla esta tarde.

—¿A *miss* Flowers? —preguntó, sobresaltado, Sloane—. ¿Qué pudo hacer la chica para que le sepultaran en un calabozo?

—¿No estará un poco bebido? —preguntó el jefe policíaco mirándole con recelo—. ¿Qué diablos tiene que ver *miss* Flowers en todo esto?

—Pero —murmuró confuso. Fred—, ¿no dijo que la habían detenido?

—¡Ni hablar! Dije que habíamos detenido a Billy Ramsey, que era de quien hablábamos. Pues, sí; estaba algo mareado cuando se peleó con usted y luego organizó un pequeño escándalo.

No había nada grave contra él y le dejarían en libertad a primera hora de la mañana. Pero el hecho de que estuviera encerrado, constituía una demostración irrefutable de que nada había tenido que ver en lo sucedido a Sloane unas horas después.

—En el caso, naturalmente, de que le haya sucedido algo.

Fred mismo comenzaba a dudarlo. Descartado Ramsey, con el que tuvo su ligera pelea al llegar a Lake Placid y al que podía culpar en cierto modo de continuar allí, no sabía en quién pensar. ¿Quizá Tom Smithson? Resultaba descabellado. Lo peor que podía pensar de él era que exageraba las averías del coche para cobrar algo más por la reparación. No obstante, preguntó:

—¿Qué opinión le merece Thomas Smitson, Fielder?

—Demasiado hablador —respondió el jefe policíaco—, pero competente y trabajador. ¿Se ha encargado de arreglarle el coche? Pues confíe en él. Nadie se lo repararía mejor ni más barato.

Fred no ponía en duda la competencia de Smithson proclamada por su interlocutor; estaba mucho menos seguro de su baratura y honradez, y se hallaba de completo acuerdo respecto a su verborrea. Fue lo primero que le llamó la atención en el individuo y lo que más grabado se le quedó.

—¡Seguro que dejaré listo el coche en un abrir y cerrar de ojos! —dijo apenas Sloane se presentó en su taller—. Pero ¿qué prisa tiene en marcharse? En ningún sitio lo pasará mejor que en Lake Placid.

Siguió hablando sin molestarse en oír lo que Fred contestaba; mejor dicho, sin darle tiempo a que dijese una sola palabra. ¿Que la población era conocida y famosa como centro de deportes de invierno?

—¡Indudablemente! Pero en confianza le diré que vale mucho más como estación veraniega. Puede hacer excursiones a los picos más altos de los Adirondack, remar o nadar en lagos de ensueño y pescar truchas en cien sitios distintos.

No dejó de hablar un solo segundo mientras acompañó al forastero hasta el punto en que había dejado el Chrysler y luego mientras lo remolcaba hasta su garaje. Hablaba y hablaba sin tiempo para pensar lo que decía, cantando en todos los tonos las excelencias de Lake Placid y la comarca circundante.

—Es un auténtico paraíso, amigo mío. Ni en Suiza encontraría nada que se le pueda comparar. ¿El Canadá? ¡No me haga reír, muchacho! Pero si los canadienses se vuelcan aquí y se quedan sin habla ante estas maravillas...

Debía haberse aprendido de memoria todos los folletos de propaganda turística para repetir su contenido a cuántos forasteros caían en sus manos. Fred trató de interrumpirle cuatro o cinco veces, pero acabó dejándole hablar, aunque sin prestar mucha atención a lo que decía.

—Y encima de todo—continuaba Smithson, incontenible—, tiene usted el Casino Royale. ¡Algo increíble, hermano! Ni en Saratoga Spring tienen nada que se le parezca. Dicen que sólo en

Francia, en Montecarlo, hay un club por el estilo. Pero más viejo, naturalmente, y con menos lujo, porque aquí se han gastado la «pasta» en grande, y...

—Todo eso está muy bien —logró hacerse oír Fred, cansado—, pero yo tengo que hacer en Buffalo mañana mismo.

—Lo siento por usted, que no sabe lo que se pierde.

Luego, imperturbable, continuó su encendido canto a las bellezas y atractivos de aquella ciudad única en el mundo. Sloane le dejó hablar, convencido de que era inútil tratar de frenarle.

Seguía perorando cuando, ya en el garaje, Fred aludió a la compañía que correría con los gastos de reparación del coche y buscó entre sus papeles la póliza correspondiente.

—¡Ah! —exclamó Smithson, admirado, al vislumbrar un carnet con la fotografía del forastero—. ¿Es usted policía?

—Sí —admitió el interesado—. Pertenezco al F. B. I.,

con destino en Albany, pero viajo con frecuencia por todo el Estado de Nueva York.

—Pues perdió el tiempo si creyó que en Lake Placid había nada que investigar —afirmó el otro—. Aquí todo va sobre ruedas.

—Es probable y les felicito —dijo Fred, encogiéndose de hombros—. Yo sólo quiero tener listo el coche para seguir.

—El violín está en buenas manos, muchacho —aseguró con aire de suficiencia Smithson—. Todo será cuestión de diez o quince minutos...

Pero torció el gesto cuando levantó el capot y empezó a examinar el motor. Su optimismo anterior resultaba prematuro por carecer de una base sólida.

—¡Hum! —Gruñó con mal humor—. La cosa tiene más importancia de la que suponía.

Dejar el Chrysler en condiciones de reanudar la marcha exigiría varias horas de trabajo. Estaba dispuesto a pasarse la noche trabajando. Aún así...

—Será una suerte que pueda largarse por la mañana.

Una sospecha cruzó por la mente de Sloane y no fue capaz de ocultarla. ¿Decía la verdad aquel tipo o exageraba la importancia de la avería? No sólo cabía en lo posible que deseara añadir un cero a la factura, sino que estuviera, pagado por el Casino Royale para

aumentar su clientela.

—¡Ni pensarlo! —protestó Smithson con aires de dignidad ofendida—. Mis elogios son totalmente desinteresados. Nadie ha intentado pagarme por ellos, y aunque lo pretendiera, mi honradez profesional...

Como Fred no tardó en comprobar, los elogios de Smithson, aunque un tanto desmesurados, no carecían por entero de fundamento. Lake Placid y sus alrededores justificaban su creciente fama y el rápido aumento del número de sus visitantes.

En el centro mismo de la Adirondack Forest Preserve, el mayor y más hermoso parque de toda la parte oriental de Norteamérica, rodeada de agrestes picachos que hundían en las nubes su agujas de piedra y entre dos lagos montañosos de aguas claras y transparentes, en torno a Lake Placid parecía desplegar sus mejores galas la Naturaleza. La población era pequeña, pero de calles anchas y limpias, de edificios modernos, confortables y alegres, y todo en ella respiraba tranquilidad y euforia.

Aparte del Casino Royale, cuya silueta tenía una vaga semejanza con un palacio renacentista que se mirase en las aguas del Mirror, había una serie de confortables hoteles, no sólo en el centro mismo de la población, sino repartidos por las colinas que bordeaban los lagos.

La cercanía de la frontera —setenta millas le separaban del Canadá y poco más de cien de una gran ciudad como Montreal—, facilitaba el acceso para los nacidos en el antiguo dominio francés, aunque siempre estaban en aplastante mayoría los vecinos de Nueva York, Jersey City, Newark, Buffalo o Albany que llegaban en busca de los amplios horizontes y el aire puro que escaseaba en sus urbes superpobladas.

—¿No sospechará que Smithson pudo intentar asesinarle, verdad? —inquirió Fielder, con cierto tonillo irónico, interrumpiendo sus meditaciones.

Era absurdo pensarlo. Cabía suponer de aquel sujeto pretendiera cobrarle veinte por un trabajo que valía dos. Pero para poderlo cobrar le necesitaba vivo; sin olvidar, naturalmente, que no se habían visto hasta aquella tarde y no podía tener nada en contra suya.

Pero fuera de él y de Billy, apenas había hablado con nadie en

Lake Placid. En el Mountain Hotel, en que se hospedaba, le habían tratado con la misma indiferente cordialidad que a cualquier otro viajero. Y en el Casino Royale, que visitó impulsado por la curiosidad, nadie parecía haber reparado siquiera en su presencia.

En su visita comprobó lo que ya esperaba: que el Casino estaba montado con lujo y buen gusto; tenía una barra interminable donde los precios resultaban sorprendentemente moderados, una sala de fiesta con pista de baile y otra con una espléndida pista de hielo. Las atracciones que actuaban en ambas no eran mejores ni peores de las que trabajaban en otros lugares semejantes y aunque las artistas no salían a la pista precisamente con abrigos de pieles, tampoco llamaban la atención por lo sumario de sus atuendos.

La principal atracción era el juego. Smithson se había ajustado estrictamente a la verdad en aquel punto concreto. Funcionaban varias ruletas y había mesa donde uno podía arriesgar unos dólares a todos los juegos imaginables. Ni siquiera faltaban las máquinas tragaperras.

—¿Traía alguna misión oficial a Lake Placid? —Tornó a preguntar Fielder, esforzándose por hallar un posible motivo a la agresión de que Fred creía haber sido víctima—. ¿Encontró, por casualidad, cualquier indeseable al que, en cumplimiento de su deber, hubiese mandado a la cárcel?

Sloane respondió en forma negativa a las dos interrogantes. Estaba de paso en la población; que pernoctase en ella se debía a un vulgar accidente de tráfico, y se proponía continuar la marcha apenas tuviera arreglado el Chrysler.

—Y no he visto a nadie, desde luego, que se creyese con motivos para sentir contra mí la menor hostilidad.

Una leve sonrisa revoloteó en los labios del jefe local de policía. Aunque no lo dijo con entera claridad, suponía que Fred había sido víctima de un exceso de suspicacia.

—De no tratarse de un agente federal —afirmó—, creería que padece alucinaciones o manía persecutoria. Claro que no puede ser —se apresuró a añadir—, porque sé de sobra que los agentes del Bureau...

Hizo un elogio encendido y fervoroso del

F. B. I.,

que Sloane no agradeció. En las palabras de Fielder creía advertir

un tonillo irónico, que podía estar justificado por lo extraño de su denuncia, pero que precisamente por eso le molestaba más.

—Puede irse a dormir tranquilo, amigo mío, dijo el jefe, poniéndose en pie y tendiéndole la mano en gesto de despedida. —Haremos todas las averiguaciones precisas, aunque no espero conseguir gran cosa.

Al abandonar el despacho de Fielder tuvo un encuentro que hubiera sido agradable en otras circunstancias, pero no en aquéllas. En el antedespacho, hablando con el sargento Gordon Jamerson —el primero que oyó su denuncia al llegar al City Hall, con una mueca de absoluto escepticismo—, estaba Grace Flowers.

La chica se había cambiado de vestido y le pareció mucho más bonita que en la calle. Quizá fuese porque en lugar de su gesto agresivo y desdeñoso, ahora reía a mandíbula batiente, divertida por algo que Gordon la acababa de contar.

—¿Qué, hermano? —preguntó el sargento al verle—. ¿Logró el jefe descubrir el fantasma que intentó liquidarle?

Fred tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no contestar con un exabrupto. Jamerson formulaba su pregunta con claro acento burlón, posiblemente queriendo hacerse el gracioso delante de *miss* Flowers. Contó diez antes de responder y se limitó a decir que el conductor del automóvil que estuvo a punto de atropellarle era una persona de carne y hueso.

—¿Y cómo no le detuvo en el acto? —terció la muchacha, sarcástica—. ¿O no es cierto que todos y cada uno de los agentes del F. B. I., sean Superman en persona?

—Si le cobraron algo por la información, *miss*, pida que le devuelvan el dinero. Los «feds» somos hombres como los demás.

—Incluso cuando pueden presumir de valientes y forzudos pegando en plena calle a un pobre diablo borracho, ¿eh?

Sloane se mordió los labios para no dejar escapar la réplica que tuvo en la punta de la lengua. Al advertir su gesto, y al adivinar lo que pensaba, la chica soltó una risita burlona que acentuó la cólera de Fred.

Dudoso de poderse contener de continuar allí, optó por dar media vuelta y ganar la puerta. Al salir ya, oyó comentar, divertido, a Jamerson:

—¡Va tan furioso como si le hubiese emplumado, *miss Flowers*!

—¡Pues habrá que ver la cara que pone mañana cuando lea lo que voy a publicar de su aventura! Seguro que no le quedan ganas de volver a poner los pies en Lake Placid.

En su fuero íntimo, Fred lamentaba haber pasado jamás por aquella población. La tentativa de asesinato de que había sido víctima—en la que nadie creía y que él mismo comenzaba a dudar—, le colocaba en una situación desairada y un tanto ridícula.

—Y si encima esa condenada chica me toma el pelo en su maldito periódico...

Marchó directo al hotel, subió a su cuarto, se desnudó en un abrir y cerrar de ojos y se metió en la cama. Estaba decidido a dormir de un tirón hasta que fuese día claro.

—Quizá por la mañana vea las cosas un poco menos confusas.

Pero todo sucedió en forma diametralmente opuesta a sus deseos y propósitos. La indignación que sentía le impidió conciliar, el sueño y estuvo dando vueltas en la cama durante muchas horas. Cuando al fin logró dormirse eran las tres de la madrugada.

Como consecuencia lógica en lugar de levantarse a las ocho no abrió los ojos hasta pasadas las diez. Pegó un respingo al comprobar la hora, masculló entre dientes unos cuantos improprios y se tiró del lecho.

Quiso recuperar el tiempo perdido estúpidamente, arreglándose con toda rapidez. Pero antes de empezar a afeitarse pidió que le subieran el desayuno y un ejemplar del periódico local.

Fué complacido en ambas peticiones por una camarera pizpireta y sonriente, capaz de estimular con su sola presencia el ansia de vivir de cualquier huésped del hotel. Tras de mirarla con menos detenimiento del que quisiera, Fred empezó a sentirse más optimista.

Su optimismo aumentó considerablemente al advertir el succulento almuerzo servido. Pero junto a las tostadas de mantequilla y los huevos con jamón aparecía el número solicitado del «County Daily». Tuvo la debilidad de echarle una ojeada y tornó a verlo todo con los colores más sombríos.

Grace Flowers había cumplido su palabra al pie de la letra; incluso, la había superado con nada agradable generosidad. El suelto que dedicaba a Sloane era breve y escueto, pero no tenía

desperdicio. Ni al relatar su breve pelea con Billy Ramsey ni menos aún al referirse al atentado del que pretendía haber sido víctima, no escatimaba las burlas entremezcladas con las censuras.

«Este caballerito engreído, bravucón e imaginativo —escribía—, se diferencia tanto del agente federal que mentalmente nos habíamos formado, como la realidad de su fantasmagórica aventura de anoche. En bien de *Mr.* Hoover queremos pensar que Frederick Morton Sloane es un caso único entre sus subordinados».

Leyó varias veces el suelto y cada vez lo encontró más ofensivo e injusto. De buena gana hubiese buscado al autor para hacérselo tragar en unión de los dientes; pero se trataba de una mujer y no cabía tan eficaz y expeditivo procedimiento.

Tiró el periódico y concluyó su desayuno con un malhumor creciente. Acabó luego de vestirse se disponía a abandonar la habitación cuando sonó el timbre del teléfono. Parecía que un tal Ronald Charlton, dueño del Mountain Hotel precisamente, deseaba verle con urgencia y a solas.

—Subirá a su habitación, señor, si no tiene ningún inconveniente.

Fred no tenía ninguno y lo dijo. Un instante después sonaba una discreta llamada en la puerta. Abrió y se encontró con un individuo alto, delgado, con el pelo blanco, cuyo gesto parecía reflejar una honda preocupación.

—¿Míster Sloane? Soy Ronald Charlton y querría hablarle de un asunto reservado y desagradable.

Fred le invitó a pasar cerró la puerta a su espalda y miró en gesto interrogativo a su visitante. El otro vaciló un momento, como si no encontrase palabras para expresar sus pensamientos. Al cabo se decidió:

—He leído lo que dice de usted el «County Daily», especialmente lo relativo al atentado de que se supuso víctima anoche, y deseo rogarle...

—¿Que abandone el hotel y me marche cuanto antes de Lake Placid? —preguntó el agente especial, creyendo adivinar sus intenciones y sintiendo acentuada la cólera que le invadía.

—¡Todo lo contrario! —replicó rápido Charlton—. Que continúe aquí el mayor tiempo posible. ¡Por lo menos hasta descubrir y desenmascarar a los que quisieron asesinarle!

Fred le miró boquiabierto. Su interlocutor afirmaba haber leído el periódico y el periódico negaba de una manera terminante que el atentado fuese otra cosa que producto de su calenturienta imaginación.

—Según esa condenada mis Flowers yo soy un visionario con manía persecutoria y merezco...

—¡Olvídelo, amigo! —le atajó sonriente Charlton—. Grace es una chica bonita e inteligente, pero demasiado impulsiva. Debió resultarle usted antipático cuando se peleó con Billy y lo sucedido más tarde...

Asombrado comprobó Sloane que su visitante consideraba auténtico y efectivo que alguien había pretendido liquidarle la víspera. Era la única persona que en Lake Placid concedía el menor crédito a su relato, sin llegar a oírlo de sus labios ni conocerle personalmente.

—Tengo una razón de peso para creerle —afirmó Charlton.

—¿Cuál?

—Que quienes pretendieron matarle anoche son los mismos que intentarán asesinar me hoy. ¡Y probablemente antes de transcurrir dos horas...!

II

ADVERTENCIA SALUDABLE

UNA sospecha asaltó a Fred. ¿Tenía que habérselas con un perturbado? ¿Quizá con un guasón que pretendía embromarle? Podía ser cualquiera de las dos cosas y no sabía cuál le molestaría más. Cejijunto, cogió a su interlocutor de un brazo y exigió violento:

—¡Repita eso!

—Digo que los que quisieron matarle anoche son los mismos que hoy pretenderán asesinar me a mí —tornó a sostener Charlton.

—¿Por qué lo supone?

—No lo supongo: ¡lo sé! ¿No es usted agente especial del Federal Bureau of Investigation?

—Sí —admitió Sloane desconcertado—; pero ¿qué tiene que ver que yo pertenezca al Bureau con lo que sucedió anoche?

—Mucho. Alguien debió descubrir que era usted agente federal, creyó que venía llamado por mí y quiso suprimirle antes de que averiguase nada.

Ronald Charlton hablaba con perfecta seriedad y parecía totalmente convencido de lo que decía. Sin embargo, cada una de sus palabras aumentaba el desconcierto y confusión de Fred.

—¿Por qué no empieza por el principio —indicó—para ver si hay forma de que me entere?

—Pero —le tocó el turno de sorprenderse a su interlocutor—, ¿no viene mandado por Washington para investigar la situación en Lake Placid?

Era, con distintas palabras, la misma pregunta hecha la víspera

por Edward Fielder, jefe de la policía local. Pero ¿qué había que investigar allí que pudiera interesar al

F. B. I.?

—No —repuso—. Procedo de Albany, me dirigía a Buffalo y al pasar por aquí tuve un pequeño accidente. Un camión se interpuso en mi camino y al eludirle...

—Estoy enterado de todo eso —le atajó Charlton—. Sin embargo...

—¿Qué?

—Creí que era un pretexto habilidoso para quedarse sin llamar demasiado la atención.

—Pues no es más que la verdad; la única verdad que, por lo que a mí respecta, hay en todo este asunto. ¿Qué le induce a sospechar otra cosa?

Ronald Charlton se dejó caer en el borde de la cama y se pasó la mano por la frente sudorosa. Fred, que le observaba entre curioso y asombrado, comprendió que estaba debatiendo consigo mismo la conveniencia de seguir hablando o de dar por terminada la entrevista.

—Será mejor que le cuente todo —decidió tras una larga pausa—. En fin de cuentas es usted la única posibilidad de salvación que me queda.

—¿La única? —inquirió Sloane, incrédulo y un poco irónico ante el gesto solemne de su interlocutor.

—Quizá no —admitió Charlton—. También podría tomar ahora mismo el automóvil, pisar a fondo el acelerador y no detenerme ni volver la cabeza hasta que hubiese recorrido unos centenares de millas.

—¿Tan peligroso considera quedarse aquí?

—Tanto, que posiblemente no llegaré vivo a la noche.

Hablaba con seriedad y en tono de absoluta convicción, lo que hacía más impresionantes sus palabras. No parecía por otro lado un visionario o un desequilibrado. Pero resultaba difícil creerle.

—¿Por qué no acude a la policía?

—Ya lo hice sin el menor resultado. Al leer el «County» esta mañana creí que usted acudía en mi auxilio. Estaba equivocado. El F. B. I., ha echado en saco roto mis denuncias y...

—No me refería al Bureau, sino a la policía local —le atajó Fred—. Cualquiera que sea la amenaza que pese sobre su cabeza debe acudir primero a ella.

—¡Seguro! Lo malo es que no consigo que Fielder me crea.

—Que es —comentó Sloane— lo mismo que me sucedió anoche a mí.

Un rayo de esperanza brilló en la mirada de su visitante. No era difícil seguir el curso de sus pensamientos. El hecho de que Fielder no hubiese concedido el menor crédito a Fred, haría comprender a éste el escepticismo del jefe policiaco respecto a su caso personal.

—Edward es un hombre recto—dijo con voz pausada—, pero demasiado apegado a los trámites legales. Tiene otro grave defecto: que midiendo a los demás por su propio rasero, cree en la honradez de cualquiera mientras no se demuestre que es un indeseable.

Sloane comprendió dónde quería ir a parar. Lo comprendió mejor acaso por su experiencia de la víspera. Fielder necesitaba pruebas materiales y concretas para actuar; mientras no se las presentaban, se cruzaba de brazos.

—Yo, como usted, no puedo presentárselas —remachó Charlton—, y Edward supone que mis temores son pura fantasía. Peor aún: es probable que siga pensándolo incluso después de mi muerte.

—¿Por qué le supondrá víctima de un accidente casual? —inquirió Fred, sin poder evitar un leve estremecimiento.

—Exactamente. ¿Habría pensado otra cosa de ser aplastado usted anoche por un automovilista desconocido?

Sólo cabía una respuesta y lo sabían los dos. Aquel extremo no ofrecía dudas posibles, pero aun quedaba el fundamental envuelto en penumbras.

—¿Quiere decirme de una vez y con entera claridad por qué teme ser asesinado y sospecha que intentaron matarme a mí por creermelo de acuerdo con usted? —inquirió Sloane.

—Voy a hacerlo —repuso Charlton—, pero para que pueda entenderme conviene que, como antes me pidió, empiece por el principio. Nos llevará unos minutos más, pero no será malgastar el tiempo.

Comenzó señalando que había nacido en Lake Placid y que, salvo breves temporadas pasadas en Buffalo y Niágara Falls, toda su vida había discurrido en los Adirondack. Era un ferviente

enamorado de su comarca natal y tenía fe ciega en su espléndido presente y más aún en su inmediato porvenir.

—La he tenido siempre, y la mejor prueba es que la población me debe buena parte de su extraordinario desarrollo durante los últimos veinte años. Puede preguntar a cualquiera de los vecinos antiguos. Todos le dirán que sin el difunto Rudolph Maish, sin mi hermano Anthony y sin mí, Lake Placid no sería ni sombra de lo que ahora es.

Jóvenes emprendedores y ambiciosos, los tres habían constituido seis lustros atrás una empresa de construcciones y propaganda destinada a impulsar el crecimiento de la población, explotando su emplazamiento y las bellezas naturales de la comarca.

—No nos guiaba, dicho sea en honor de la verdad, un afán desinteresado y romántico. Aspirábamos a enriquecernos y lo hemos conseguido con creces.

Repitieron lo que otros habían hecho medio siglo antes con Saratoga Spring; lo que algunos estaban haciendo al mismo tiempo en muchos lugares de Florida o California. Lograron que también allí se produjera un «boom» y lo explotaron a fondo.

—Los impuestos se han llevado la mayor parte de nuestras ganancias. Aun así no necesitamos precisamente vivir de limosna.

—Pero —le atajó Fred, un poco aburrido por aquella peroración—, ¿qué relación tiene eso conmigo?

—Nada, si quienes amenazan mi vida no le creyeran dispuesto a ayudarme. Mucho porque, como no tardará en comprobar, es la única explicación lógica y posible al atentado de anoche.

Sloane hubo de resignarse a seguir escuchando. En definitiva, no podía culpar a nadie sino a sí mismo. Había pedido a Charlton que empezase por el principio y el otro lo hacía.

—Pero no sospeché que el principio se remontase a treinta años —murmuró contrariado.

—Y quizá no se remonte tan lejos —admitió Ronald—. Es posible que podamos fijar el comienzo en una fecha determinada hace sólo quince meses: la de la venta del Casino Royale por los albaceas de Maish.

No sobraba, sin embargo, lo dicho anteriormente, porque contribuía a aclarar la cuestión. Los tres amigos que se habían unido para transformar un pueblo perdido entre lagos y montañas

en una estación invernal de primer orden y en un centro veraniego encantador lograron ver realizados sus ambiciosos proyectos.

—Pero los beneficios no fueron iguales para los tres, sino en proporción a lo que cada uno aportó. Rudolph era el más rico y también quien recibió las mayores ganancias.

Personalmente no podía quejarse, y no se quejaba, aunque su fortuna se reducía al Mountain Hotel, una lujosa villa donde residía en las estribaciones del Whitney, tres o cuatro edificios comerciales en el centro de la población y una pequeña cuenta corriente.

—Anthony tiene mucho más que yo. No sólo es director y casi único accionista del Essex County Bank, sino que le pertenecen varios comercios y dos manzanas de viviendas.

Maish salió todavía mejor librado. Momento hubo en que le pertenecía cerca de la mitad de Lake Placid. En sus últimos años convirtió en dinero gran parte de sus propiedades.

—Conservaba aún muchos cuando murió hace dos años. Y entre ellas, como la más importante de todas, el Casino Royale.

Construido con verdadero lujo y en un emplazamiento ideal, el Casino Royale fue en todo momento el principal centro de diversión y esparcimiento de Lake Placid. Sus amplias terrazas daban al lago Mirror, cuyas aguas, heladas durante la invernada, se convertían en una incomparable pista de patinaje.

—Instaló también una ruleta, pero en todo momento y ocasión hizo constar de una manera expresa y categórica que el juego no debía pasar de ser una distracción, poniendo un límite a las apuestas y permitiendo que la ruleta funcionara sólo durante un par de horas al día y en ocasiones excepcionales.

Cuando murió Randolph el Casino pasó por una aguda crisis. Los clientes no bastaban a cubrir sus gastos y se pensó en la conveniencia de cerrarlo. Siempre había déficit que Maish cubría convencido de que lo que perdía teniéndolo abierto, se compensaba con las ganancias que a sus otros negocios le proporcionaban los turistas que acudían a Lake Placid.

—Pero Marihelen, la hija y única heredera del viejo Rudolph, apenas si aparece por aquí. En realidad, lleva años enteros sin poner los pies en la población.

Criada en Boston, educada en Europa, con muchos millones a su disposición y un carácter alegre y divertido, pasaba largas

temporadas en Francia y cuando retornaba a la Unión no lo hacía para hundirse en una pequeña ciudad de quince mil habitantes.

—Ahora mismo está en Montreal, al otro lado de la frontera, y es lo más cerca que ha estado de Lake Placid en el último lustro.

Se había desentendido por completo de los negocios que su padre tenía allí, dejándolos en manos de un abogado que era precisamente Anthony Charlton.

—Ante el riesgo de que se cerrase el Casino, que es uno de los principales atractivos para forasteros y turistas, un grupo de comerciantes de Lake Placid pensaron en explotarlo por su cuenta.

Entre todos constituyeron un llamado Sindicato de Iniciativas que había de cubrir el déficit de la explotación. Puestos al habla con Anthony Charlton a éste le pareció magnífico el proyecto. Pero cuando se lo comunicó por carta a la hija de Maish, la chica, por carta también, no se mostró nada entusiasmada.

—Prefería vender, siempre que le pagaran un precio razonable. Era lógico en cierto modo.

El Casino valía mucho, sin embargo, y el Sindicato de Iniciativas no parecía tener el dinero preciso. Durante varias semanas no pudo reunirlo. Por último, cuando la operación parecía fracasada definitivamente, quienes lo dirigían ingresaron en el Essex County Bank la cantidad exigida.

A Ronald Charlton, que por disposición del difunto Maish supervisaba la administración de sus bienes, le pareció todo aquello muy sospechoso; sobre todo cuando los vecinos de Lake Placid que integraban el Sindicato se negaron a revelar el origen del dinero.

—Nosotros pagamos en buena moneda la cifra que ustedes piden —dijeron—, y no tienen por qué meterse en más averiguaciones.

No sin ciertas dificultades, Ronald convenció a su hermano de que, como albacea de Rudolph y como intérpretes y ejecutores de sus designios, debía impórtales algo más que el dinero: el destino del Casino Royale.

—En la escritura de venta introdujimos una cláusula que nos autoriza a deshacer la operación, si el Casino se dedicaba a fines distintos a los que había sido destinado por su constructor y primer propietario.

Para Ronald las cosas empezaron a torcerse cuando al frente del Casino apareció un caballero llamado Ezra Campbell. Era un tipo

amable, sonriente, bien vestido, de modales untuosos y palabra fácil.

—Recelé desde que le vi por primera vez, pero ni en los momentos de más desenfrenado pesimismo llegué a adivinar todo lo repelente de su verdadera moral.

Astuto, habilidoso, con más conchas que un galápago, oculta tras una careta de honorabilidad sus tortuosos designios, Campbell consiguió engañar a todo el mundo.

—Incluso mi hermano tardó en convencerse de que era un peligro para todos, empezando por nuestra existencia física.

Ezra Campbell saltó alegremente por encima de la cláusula que limitaba los juegos de azar. Instaló otras tres ruletas más, inundó el edificio de máquinas tragaperras, montó mesas de póker y dados y sostuvo con desparpajo que lo hacía todo en beneficio de Lake Placid.

—Es lo único que atrae de verdad a los turistas —afirmaba—. Y si la gente quiere jugarse los cuartos y la complacemos sin recurrir a procedimientos reprobables, ¿qué mal hay en ello?

Logró convencer a muchos porque en pocos meses multiplicó por diez el número de visitantes del Royale, con las consiguientes ganancias para hoteleros y comerciantes de todas clases. Como contrapartida, Lake Placid se vio frecuentada por gentes de poco tranquilizadora catadura.

—El mismo Campbell tiene en torno suyo una serie de empleados con más tipo de pistoleros que de personas decentes. Afirma que los necesita para guardar el orden en el Casino, pero...

En los últimos seis meses siete personas hallaron una muerte violenta en un radio de cincuenta millas. Ninguna fue encontrada en Lake Placid mismo, sino en alguna de las montañas o los lagos próximos. En apariencia perecieron víctimas de accidentes casuales. Sin embargo...

—Cuatro por lo menos fueron vistas poco antes en el Royale y dos de ellas discutieron violentamente con Ezra Campbell.

Para Charlton resultaba más que sospechoso que aquellos individuos se hubieran matado casualmente a las pocas horas. No estaba nada seguro de que dos se hubiesen ahogado al zozobrar la lancha en que cruzaban el lago; que otros dos se hubieran despeñado al dar un paso en falso al borde de un precipicio y que

otros tres...

—Murieran atropellados, como estuvo usted a punto de perecer anoche, sin que haya sido posible averiguar por quién.

No tenía pruebas en que apoyar sus sospechas y aunque habló con Fielder no consiguió que le hiciera mucho caso. Investigó los accidentes por complacerle, pero no averiguó nada. El veredicto inicial del Coroner no fue modificado y nadie excepto Charlton parecía preocupado por lo que realmente hubiera podido sucederles.

Lo que no ofrecía dudas, en cambio, era que el Royale se había convertido en el salón de juego más importante de todo el estado de New York. Algunos vecinos de Lake Placid, encantados al principio por los beneficios que indirectamente les reportaban, empezaron más tarde a comprender que no todo eran ganancias.

—Fue cuando Campbell, quitándose un poco la careta, dejó traslucir sus intenciones de quedarse con todo.

Pero no había nada en su actitud y conducta, ni en la de los individuos tras los que a veces se camuflaba, que constituyese una abierta violación de las leyes vigentes. El precio a que una persona vendiese la tienda o la casa que la víspera afirmaba decidido a conservar, era cosa suya.

—Ni siquiera el juego es ilegal, porque está autorizado. Claro que con una serie de requisitos que aquí no se cumplen, pero cuyo incumplimiento resulta muy difícil de probar.

Las autoridades locales podían suprimirlo. Pero el alcalde, pese a ser íntimo amigo de los Charlton, no se atrevía a hacerlo, por juzgar que la medida sería impopular y perjudicaría al desarrollo de la población.

—Sólo podría hacerlo si se demostrase que están en mayoría los vecinos que desean terminar con el juego.

Steve Wasnik era enemigo del juego. Lo demostraba haciendo que su periódico—el «*Country Daily*»—, único en la ciudad, no hiciese nada por alentarlo. Lejos de ello solía publicar de vez en cuando sueltos y comentarios en los que atacaba duramente el vicio.

—Pero una cosa es mi opinión personal—puntualizaba—, y otra mis deberes como alcalde. He de atenerme al parecer de mis lectores, y mientras ellos crean que les beneficia...

Estaban próximas las elecciones municipales. Presionado por Ronald Charlton, Wasnik estaba dispuesto a presentarse en ellas llevando la supresión del juego como punto fundamental de su programa. Hasta que los votantes no le autorizasen a terminar con el juego, no podía hacer nada.

Charlton tenía grandes esperanzas en que la candidatura de elementos moralizadores de la que formaría parte en unión de su hermano triunfaría en toda la línea. Por desgracia, faltaban tres meses para la consulta electoral.

—Y Ezra Campbell está decidido a terminar con nosotros mucho antes de noventa días.

Si en un principio no parecía ofrecer dudas el resultado de la votación, pronto cambiaron las perspectivas. Había muchas gentes que se beneficiaban con el juego y a las que tenía sin cuidado los perjuicios morales que pudiera irrogar a la colectividad. Movilizadas todas, respaldadas por el dinero y los secuaces de Ezra, auxiliados por algunos políticos profesionales, bastaban para hacer peligrar el triunfo de sus adversarios.

—Hace dos semanas decidí hacer valer la cláusula de rescisión de la venta del Royale. Era la única manera de resolver de una vez, sin dudas ni esperas, el problema planteado.

Escribió a Marihelen Maish, que se hallaba en Montreal, contándole lo que sucedía y pidiéndole autorización para actuar en consecuencia. De acuerdo con su hermano la invitaban a visitar Lake Placid para que sobre el terreno se diese cuenta exacta de la situación.

—Contestó anunciando que llegaría en esta semana y lo divulgó alegremente, sin sospechar siquiera que al hacerlo firmaba casi mi sentencia de muerte.

—¿Acaso porque ese Campbell no quiere que le vea?

—Exactamente. Y como la muchacha puede estar aquí mañana o pasado...

Había estado a punto de sufrir dos accidentes. Al primero—parte del alero de un edificio que se derrumbó a su paso, no alcanzándole por unas pulgadas—no le concedió gran importancia. El segundo le dio más que pensar.

—La dirección del coche que conducía y que acababa de ser reparado se agarrotó de pronto y estuve a punto de estrellarme. Por

fortuna, iba a poca velocidad y pude frenar a tiempo.

—¿Quién intervino en la reparación? —inquirió Fred, asaltado por una sospecha—. ¿Tom Smithson, quizá?

—Sí —admitió Ronald—. Pero no saque conclusiones precipitadas. Hace años, muchos años, que conozco a Tom y es persona de absoluta confianza.

En realidad, sólo tenía que añadir el intento de comprarle el Mountain Hotel y la villa en que residía en las afueras de Lake Placid. No era la primera vez que alguien pretendía adquirir uno u otro de los edificios y el precio que le ofrecieron por ellos resultaba razonable.

—Lo raro era que pretendiese adquirirlos un tal Bob Fleming, que lleva siete meses aquí y no parecía tener demasiado dinero. Pero es amigo de Campbell y eso puede explicarlo todo.

Explicaba incluso ciertas amenazas un tanto veladas lanzadas en el curso de la charla que sostuvieron y cuyo alcance comprendió Ronald perfectamente. Fleming insinuó que a su edad no le convenía un clima de altura y que viviría mucho en New York o Buffalo, añadiendo:

—Aquí puede fallarle el corazón en el momento más inesperado. Si yo estuviera en sus zapatos, cogería la pasta y me largaría sin aguardar un solo minuto.

Pese a la negativa de Charlton, había insistido en sus deseos de comprar, aconsejando al viejo que lo pensara detenidamente. Le dio de plazo hasta las cuatro de aquella tarde en que iría a su casa a conocer su decisión.

—Y temo mucho no sobrevivir a una nueva negativa. A menos, claro está, que usted me acompañe cuando ese caballero se presente en mi domicilio. ¿Lo hará?

Fred inclinó la cabeza con gesto afirmativo. Su interlocutor le parecía un hombre honrado, que mantenía con energía una postura que juzgaba conveniente para la colectividad. Simpatizaba con él y estaba dispuesto a ayudarle.

—Sin embargo —añadió—, hay algo que sigo sin comprender. ¿Cómo y por qué se dirigió usted al cuartel general del Bureau en Washington?

Aun siendo interesante lo que Ronald había dicho para nada afectaba ni atañía al

F. B. I.

Si Ezra Campbell y sus secuaces habían violado alguna Ley o pensaban violarla, el asunto incumbía por entero a las autoridades locales.

—La policía federal nada tiene que ver con el juego. Ni siquiera con los asesinatos, en el caso de que lo sean la racha de accidentes de que me hablaba antes.

La sombra de una amarga sonrisa floreció en labios de Charlton. Pareció a punto de dar una amplia explicación, pero cambió de parecer.

—Es demasiado extraño y sorprendente lo que me hizo recurrir al

F. B. I.

—dijo por último—. Si en Washington no me han creído, sería difícil que usted me creyese ahora. Pero...

—¿Qué? —le animó Fred a continuar, viéndole detenerse vacilante.

—Asista a la entrevista de esta tarde. ¡Oh, no espero que Fleming aluda siquiera al aspecto fundamental del problema! Sin embargo, podrá comprobar que no soy ningún visionario.

Al terminar su entrevista con Charlton, Sloane estaba decidido a prolongar su estancia en Lake Placid unas horas como mínimo. Poco después comprobó, no sin cierto asombro, que de todas las formas hubiera tenido que pasar allí el día.

—El coche estaba más averiado de lo que creíamos. He trabajado mucho en él, pero hasta mañana como mínimo...

Tom Smithson ponía un acento de profunda sinceridad en sus palabras; las justificaba con una larga serie de razonamientos de orden técnico. Cualquiera al oírle creería que no decía más que la verdad pura y simple. Sin embargo, Fred tuvo la clara sensación de que estaba mintiendo.

—¡Cuidado, amigo! —le advirtió—. Si es una treta para prolongar mi estancia en la ciudad, puede no convenirle.

—¿Todavía sospecha que me paga el Royale para retener a los posibles clientes? —preguntó enfurruñado Smithson.

—Es probable que no sea al empresario del juego a quien interese que continúe aquí.

—¿A quién entonces? —se sorprendió su interlocutor.

—Al empresario de pompas fúnebres.

—¿Bromea o anda mal de la cabeza? —inquirió el otro, entre indignado y confuso.

—Quien anda mal de la cabeza es el que quiso gastarme una broma inocente anoche. Si le conoce puede darle un recado de mi parte.

Hizo una pausa, pero Smithson no despegó los labios, limitándose a mirarle con gesto que revelaba una honda preocupación. Volviéndole desdeñosamente la espalda, Fred Sloane concluyó:

—Dígale que se largue sin pérdida de minuto. De seguir en Lake Placid es probable que mañana haya un entierro. ¡Y será él quien vaya dentro de la caja!

III

VISITA AMISTOSA

—¡Ahí los tenemos ya!

Mirando con disimulo por entre las cortinas de la ventana, Fred pudo ver a los visitantes de Ronald Charlton. Eran tres y a su frente iba el llamado Bob Fleming.

Aunque distintos en edad, estatura y corpulencia, los tres parecían escapados de una película de «gangsters». Quizá fuera su aspecto ordinario, pero no cabía descartar que se hubiesen caracterizado un poco para los papeles que se disponían a representar.

—Desde aquí puede oírnos y vernos —indicó el dueño de la casa—. Espero que no se duerma y acuda en mi ayuda en caso necesario.

Sloane asintió con una leve inclinación. No estaba dispuesto a dormirse mientras durase la charla de Ronald con sus visitantes, para no correr el riesgo de ser despertado por el estrépito de algunos disparos.

—Descuide, Charlton. Si es necesario, y creo que lo será, intervendré con rapidez y energía.

Tan sospechoso como el aspecto de Fleming y sus acompañantes resultaba la forma de acercarse a la entrada del edificio. Habían dejado el roche delante del jardincito y cruzaban éste con las manos hundidas en los bolsillos, muy separados entre sí, andando despacio y mirando recelosos en todas las direcciones.

—¿Está solo, Charlton?

—¿Deseaba testigos de nuestra conversación? —preguntó

sonriente el otro.

—Los testigos sobran—gruñó Fleming, entrando sin tomarse la molestia de quitarse el sombrero, actitud que imitaron sus dos acompañantes.

—Entonces, ¿no cree que sus amigos están de más?

—¡Ni pensarlo! Pueden oír lo que hablemos porque tienen toda mi confianza.

—Pero no la mía—arguyo Ronald—. Preferiría que hablásemos a solas.

—Yo no, y basta. Vamos de una vez al asunto. Aquí tiene el cheque y ya puede largarse. Lo cobrará mañana en New York y concluido.

Estaba convencido de que Ronald aceptaría. Con aire decidido había sacado un cheque que le entregó y un documento que colocó sobre la mesita del «*living*».

—¡Ah, firme ese papel! Las cosas deben hacerse bien y...

—Para hacerlas bien tendré que leerlo primero, ¿no cree?

—Es inútil. De todas formas firmará. ¿Para qué perder tiempo?

—Dispongo de tanto que puedo perder un poco —replicó Charlton.

—Quizá no —advirtió torvo Fleming—. Lo mejor que puede hacer...

—Sé lo mejor que puedo hacer y voy a hacerlo: no vender.

—Pero —masculló estupefacto su visitante—, ¿se ha vuelto loco?

—Lo estaría si me dejase robar, amedrentado por sus amenazas —contestó decidido Charlton.

Fleming se le quedó mirando con aire confuso. Parecía como si las claras palabras de su interlocutor no llegasen con nitidez a sus oídos. Cejijunto preguntó:

—¿Quiere decir que se niega?

—Le digo que es mejor. Y puedo añadir más: si no se marchan inmediatamente o vuelven a poner los pies en mi casa...

—¿A qué esperas, Bob? —terció uno de los acompañantes de Fleming—. ¿Vas a consentir que ese tipo nos trate a patadas?

—¡Calma, hermano! Y tú, viejo, ten cuidado con lo que dices. Si vuelves a insultarnos...

—¿Insultaros? —Se encrespó Ronald—. ¡Pero si no hay palabras

en el diccionario que sean un insulto para vosotros!

—¿No, eh? —chilló Fleming, perdida por completo la calma—. ¡Pues a ver qué te parece esto!

Lanzó su puño derecho contra la mandíbula de Charlton. Era veinte años más joven que su contrincante, cuatro pulgadas más alto y le sacaba cincuenta libras de peso. Pegó con todas sus fuerzas y el efecto fue inmediato.

Ronald se sintió levantado en el aire y cayó sentado en el suelo, con un terrible mareo dentro de la cabeza y un dolor intenso en el sitio golpeado. Por espacio de medio minuto perdió la noción de cuanto le rodeaba para hundirse en un estado próximo a la inconsciencia.

—¿Por qué no le sacudimos de una vez? —preguntó impaciente el secuaz de Fleming que había terciado antes en la disputa.

—Nos sobrará tiempo —gruñó el otro—. Quizá baste con la primera caricia y cuando se reponga... ¡Cuidado! ¿Quién es ése?

De refilón había visto a Fred que irrumpía en el «*living*» procedente del despacho y sus últimas palabras reflejaban una profunda alarma. Pero no fue el primero en verle. Antes le había descubierto uno de sus acompañantes.

—¡Largo de aquí! —ordenó aquel individuo, cruzándose en el camino de Sloane—. Si quiere quedarse sin narices...

El agente especial no perdió tiempo en contestarle con palabras. Amagó un puñetazo al plexo solar del que le cerraba el paso y luego, cuando el otro intentó cubrirse la parte amenazada, la golpeó seco y duró sobre la yugular con el canto de la mano derecha.

Fué un golpe brutal, asestado con violencia salvaje. Big Mouth Carry sintió como un hachazo en el cuello. Le faltó de pronto la respiración, los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas y el estómago se le subió a la boca.

—¡Voy a patearte la cabeza! —vociferó el otro acompañante de Fleming al ver derrumbarse a su compañero.

Era un sujeto de mediana estatura, pero de cuello de toro y hombros desmesuradamente anchos; la nariz aplastada y las orejas de coliflor indicaban sin sombra alguna de dudas cuál había sido su profesión antes de entrar al servicio de Ezra Campbell.

Se lanzó decidido contra Fred, con los brazos muy abiertos y el cuerpo inclinado hacia adelante. Si le cogía, le apretaría con fuerzas

de oso hasta sentir el chasquido de todos sus huesos. ¡Y estaba seguro de cogerle!

Pero cerró los brazos, creyendo hacerlo en torno a la cintura de su contrincante y sólo encontró el vacío. Con un salto rápido, Fred se había zafado del abrazo mortal. Furioso el otro quiso volver a probar suerte y de nuevo la fortuna le volvía la espalda, ahora en forma definitiva.

Sloane amagó un directo a la mandíbula y el otro sonrió desdeñoso, convencido de que no le haría mucho daño. Pero, inesperadamente, el agente especial pareció elevarse, flotar por los aires en un salto de verdadero acróbata y sus dos zapatos fueron a estrellarse con violencia demoledora sobre la faz del antiguo luchador.

Medio atontado y vacilante, el individuo hizo un esfuerzo sobrehumano para mantenerse en pie. No le sirvió más que para recibir otro golpe. Fred, que, tras de un salto increíble, había caído de pie, alzó de nuevo la pierna derecha. Alcanzado de lleno en el bajo vientre, el segundo de sus enemigos rodó por el suelo para no despertar hasta pasados diez minutos.

Todo había sucedido en seis o siete segundos, fue tiempo sobrado, sin embargo, para que Fleming saliese del desconcierto en que le había sumido la inesperada presencia del desconocido y empuñase un revólver.

—¡Conmigo escaparás peor! —anunció.

Quiso apretar el gatillo, pero no le dieron tiempo. Resonó un disparo antes y el arma voló medio destrozada de entre sus dedos. Peor todavía: el balazo que le arrebató el revólver le produjo un extenso rasponazo y algunas gotas de sangre cayeron sobre la alfombra.

—¿Tienes prisa en que te entierren, Bob?

No la tenía y apartó con rapidez las manos del cuerpo. Incluso las elevó por encima de la cabeza, pese a la sangre que le brotaba de una de ellas. Era lo más cuerdo y lo comprendió al mirar a su adversario. Había un brillo inquietante en sus pupilas y el cañón de la pistola que empuñaba apuntaba directamente a su corazón.

—Así está mejor, Fleming. ¡Y ahora, vuélvete para que te aligere de peso!

El arma que llevaba en la sobaquera le fue arrebatada un

segundo después. Todavía recogió otras dos Fred, tras registrar a los secuaces de Bob, que empezaban a revolverse en la alfombra.

—Demasiada artillería para una visita de cortesía, ¿no te parece, Fleming?

Pero el otro no se mostró muy locuaz. Si minutos antes, cuando amenazaba a Charlton no le faltaban palabras, la derrota parecía haberle dejado mudo. Y lo mismo les sucedió a sus dos amigos al recobrar el conocimiento, tras unos minutos de luchar contra el atontamiento que les dominaba.

—Voy a telefonear a Fielder —anunció Ronald—. Debe ser la policía quien se encargue de estos caballeros.

—¿No os convendría decir algo antes de que llegue? —les preguntó Fred.

—Sólo hablaré en presencia de mi abogado —respondió, al fin, Fleming—. Tengo derecho a hacerlo porque la ley...

—Conoces las leyes, ¿eh? ¡Magnífico! Así sabrás lo que te espera. Llevar encima armas de fuego con tus antecedentes, significa cinco años a la sombra.

Aludía a la Ley Sullivan, que condena a cualquier expresidiario portador de pistolas o revólveres. La alusión no pareció inquietar demasiado a sus adversarios. Uno de ellos, el antiguo luchador, alegó con un leve encogimiento de hombros.

—La erró, hermano. Aunque rebusque en todos los ficheros no encontrará el nombre de Dan Greaves.

—Conté a Edwar Fielder lo sucedido —dijo Ronald Charlton, saliendo del despacho, tras efectuar unas cuantas llamadas telefónicas—. Manda para acá a dos de sus hombres.

Estarían allí antes de diez minutos. También llegarían sin demora otras personas con las que acababa de hablar. Entre ellas, su hermano Anthony y Grace Flowers.

—¿Por qué avisó a esa señorita? —preguntó contrariado Fred.

La explicación era sencilla y clara. Charlton no la había llamado a ella, sino a la redacción del «County». Quiso la casualidad que la chica estuviera sola en aquel instante.

—Quizá sea una ventaja —agregó—. Escribe mejor que Wasnik y hará un comentario mucho más directo y eficaz.

Fred discrepaba, y no sólo porque Wasnik, aparte de propietario del periódico, ocupaba la City Administration. Por encima de toda

otra consideración estaba la hostilidad y antipatía que la muchacha le demostró en su primer encuentro y de los que eran buena prueba el comentario publicado aquella mañana.

—Acaso le asombre —dijo Charlton al oír lejano el alarido de una sirena—, pero ya tenemos ahí a los agentes.

A Sloane le sorprendió, en efecto, la prontitud con que acudían. Desde el centro de Lake Placid al lugar en que se hallaban había cerca de tres millas de una carretera angosta, que ganaba altura a fuerza de vueltas y revueltas y en la que no podía correr demasiado.

En cualquier caso, la policía estaba allí. Mirando por la ventana pudo ver detenerse un coche junto al que había llevado Fleming y sus amigos. De su interior se apeó el sargento Jamerson, seguido de un agente vestido de paisano al que no conocía.

—Es Clay Benson —explicó Ronald—. Va siempre con Gordon como si fuera su sombra, y los dos se entienden sin necesidad de palabras.

Debieron ponerse de acuerdo con una sola mirada al penetrar en el «*living*», caso de que no lo estuvieran antes, ya que ambos concentraron su atención en Fred, que seguía encañonando a los indeseables visitantes de Charlton.

—¡Guárdese el cacharro, Fred! —ordenó el sargento en tono desabrido—. No me agradan los tipos que recurren a la pistola como argumento supremo.

—A mí tampoco —respondió Sloane—, pero no tuve más remedio que manejarla cuando ese honorable caballero pretendió abrimme unos agujeritos en el cuerpo.

—Pero el único herido fue él, ¿no?

—¡Seguro! De darle tiempo a disparar, yo no estaría herido, sino muerto.

La contestación no hizo feliz al sargento y su gesto lo indicó sin posibles equívocos. Aún fue más expresiva la actitud de Clay, que en lugar de perder tiempo en hablar había desenfundado un revólver de considerables dimensiones. Que no apuntaba, por cierto a Fleming o a sus secuaces, sino al agente especial.

—Ya aclararemos todo eso —gruñó Jamerson—. Ahora entrégueme la pistola.

Fred se negó en redondo. Se había limitado a cumplir con un deber ciudadano al impedir que aquellos tres facinerosos asesinaran

a míster Charlton. Iría a la jefatura de policía en unión del sargento para prestar declaración, pero no tenía por qué dejarse desarmar.

—Es a éstos a los que tiene que llevarse para dejarlos bien encerrados —añadió.

—Sé lo que tengo que hacer y no necesito lecciones de nadie y menos de usted —repuso, violento, el sargento—. ¡Y no olvide que yo soy aquí la única autoridad!

La discusión subió de punto y pareció a punto de desembocar en una pelea. Ronald calmó los ánimos, interviniendo con energía. Enfrentado con Fred, Jamerson se había olvidado por completo de Fleming y sus secuaces.

—Ya le dije a Fielder que quisieron liquidarme y que de no ser por la presencia de míster Sloane...

De visible mala gana escuchó el sargento sus explicaciones y accedió a dejar tranquilo al agente especial.

—«Okay» —accedió al cabo—. Detendré a estos tipos. Pero usted —y señaló a Fred— tendrá que presentarse a firmar una declaración con todo lo sucedido.

—«Okay, sarge» —decidió—. Ya discutiremos eso en Jefatura.

—Haría bien en no discutir nada, si sabe lo que le contiene. ¡Y no me llame «sarge»! Sólo se lo admito a unos pocos amigos, y usted no está entre ellos.

Cuando Jamerson se fue, acompañado de Clay conduciendo a los tres detenidos, Fred hizo notar a Charlton la actitud violenta y provocativa de Jamerson, anunciando que pensaba quejarse al hablar con Fielder.

—No será el primero en quejarse, Sloane, pero dudo de que Edward le haga mucho caso. El sargento es un poco desabrido, pero resulta muy útil a Fielder, no sólo porque cumple siempre con su deber, sino porque es de una honradez y una rectitud admirables.

Apenas se había perdido de vista el coche policíaco, otro automóvil se detuvo a la entrada del edificio. La primera persona que se apeó de su interior fue Grace Flowers. Tras ella lo hizo un individuo cincuentón, colorado, de aire saludable, que ofrecía una vaga semejanza en sus facciones con Ronald Charlton.

—Es mi hermano Anthony. Tiene varios años menos y más salud que yo, afortunadamente para él.

Fred no perdió demasiado tiempo en mirarle. Concentró su

atención en la muchacha, mientras ambos cruzaban el jardín para llegar a la entrada. Vestía ahora una falda negra y un jersey claro, que al ajustarse al busto ponía de relieve su impresionante anatomía.

Pero la complacencia que el aspecto físico de la joven le producía desapareció por completo al oírla hablar. Apenas penetró en la habitación y vio en ella a Sloane, la muchacha preguntó en tono de marcada ironía:

—¿Qué? ¿Ha visto algún nuevo fantasma nuestro gran cazador de espías y gangsters?

—Si hubiera llegado diez minutos antes —replicó Fred, molesto— habría podido ver que mis fantasmas han sustituido las sábanas por las pistolas.

—¿Y le han asustado mucho? —inquirió Grace entre escéptica y burlona.

—Bastante —terció, seco, Ronald—. Momento hubo en que no creí poderlo contar, y de no ser por la eficaz intervención de *Mr.* Sloane...

Confusa y desconcertada, la chica balbuceó con precipitación unas excusas. Hasta oír al viejo había creído que Fred exageraba la nota y que se imaginaba sucedido aquella tarde no era sino continuación de sus fantasías de la víspera.

—¡Y lo es! —afirmó Ronald, convencido—. Yo presencié lo sucedido ayer; sin embargo, te seguro que los que quisieron asesinar me hace media hora...

—Pero —le atajó sobresaltado su hermano Anthony, silencioso hasta aquel instante—, ¿estás seguro de que quisieron matarte?

—Supongo que las pistolas que portaban Fleming y sus secuaces no serían precisamente para alargarme la vida —respondió, ceñudo, el viejo.

Contó con rapidez lo ocurrido. No desfiguró los hechos ni ocultó nada. Si se desvió en algún momento de la estricta verdad, fue para exagerar la valentía y arrojo del agente especial. Lo hizo, quizá, de absoluta buena fe, convencido de que cuando Fred dejó fuera de combate a Greaves y Carry, ambos tenían las pistolas en la mano igual que Bob.

—Perdóneme, Sloane —dijo la muchacha al terminar el viejo—. Parece que estaba equivocada con usted.

—Cuenta con mi absolución, *miss* Flowers; pero ojalá sea conmigo con el único que se haya equivocado.

Aludía a Jamerson sin necesidad de nombrarlo, y la chica lo comprendió. Recordó que Fred les había visto hablando y riendo la noche anterior en actitud que pudo parecerle demasiado amistosa y se puso un poco colorada.

—Entonces —inquirió Anthony—, ¿no ha venido de una manera oficial para ayudarnos, pese a ser agente especial del F. B. I.?

—¿Por qué había de venir? —preguntó a su vez el interpelado—. Que yo sepa, nada de lo que aquí sucede justifica la intervención de la policía federal.

—Pero —se sorprendió el menor de los Charlton, mirando a su hermano—, ¿no le has contado nada de lo que me dijiste?

—Esta mañana no me habría creído —dijo Ronald—, como seguramente no me creyeron sus jefes. Es lógico, cuando ni siquiera tú, que me conoces a fondo, concedías demasiado crédito a mis sospechas.

—Dije simplemente que me parecían algo fantásticas —se disculpó Anthony.

—Y lo son a primera vista —admitió su hermano—, pero si pensamos un minuto...

—¿Por qué no se deja de rodeos? —terció impaciente Fred—y dice de una vez lo que supone que hay en el fondo de todo el asunto.

—«Okay» —accedió Ronald—. Lo que yo creo es que Lake Placida y esencialmente el Casino Royale, se han convertido en manos de Ezra Campbell en el centro de una red de espionaje.

Si Fred no pareció muy convencido al oírle, su hermano Anthony hizo un gesto de claro escepticismo, mientras la muchacha dejaba escapar una exclamación de asombro.

—¿Espionaje aquí? —preguntó sorprendida—. Como no sea para averiguar si hay mucha pesca o qué número sale más veces en la ruleta.

—Sí —admitió el viejo con aire resignado—; aparentemente no existe nada que pueda interesar más que a los aficionados al juego, a la pesca o a la montaña. Sin embargó, la frontera está un paso. Y una frontera que cualquiera puede atravesar sin la menor dificultad.

El argumento no impresionó a Grace. A lo largo de los muchos centenares de millas de la línea divisoria entre la Unión y el Canadá había millares de ciudades, pueblos, aldeas y ranchos que se encontraban en situación parecida a la de Lake Placid.

—¡Y sólo un perturbado pensaría que cada uno de ellos es una guarida de espías!

—Es cierto —reconoció Ronald—; pero también lo es que en ninguno se dan las circunstancias de aquí.

Habló con rapidez, espoleado por una mirada interrogativa de Sloane. Señaló algo que no ignoraban sus oyentes: la creciente importancia industrial y científica de la parte norte del estado de Nueva York. Si para muchos extranjeros y no pocos americanos sólo contaba la gran urbe de la desembocadura del Hudson...

—Nosotros sabemos que Schenectady, Troy, Siracuse y Rochester desempeñan ya un papel fundamental en el desarrollo del país y contribuyen de manera decisiva incluso a sus planes de defensa.

Mentalmente, Sloane le dio la razón. Quizá exageraba un poco, pero no cabía negarle una base de apoyo. Las cuatro ciudades mencionadas sumaban en conjunto más del millón de habitantes, y en ellas tenían su sede y asiento laboratorios y fábricas de vital importancia para el progreso científico de la defensa nacional.

—En Rochester, por ejemplo —continuó Charlton—, está el centro de la industria fotográfica americana; Schenectady dispone de los mejores laboratorios de óptica; Syracuse cuenta con grandes fábricas de aluminio y una Universidad donde laboran algunos de nuestros más destacados hombres de ciencia... ¡Y ninguna de esas ciudades está a más de cien millas de Lake Placid!

El aire de burlona incredulidad de Grace Flowers había sido sustituido por un gesto interesado; lo mismo le ocurría a Anthony, que escuchaba a su hermano con meditativa atención; en cuanto a Fred, empezaba a comprender que Ronald no tenía nada de visionario o perturbado.

—Lake Placid ofrece grandes ventajas. Sobre todas, que a nadie sorprende ni inspira sospechas que alguien venga a esquiar o patinar en invierno; a hacer alpinismo o pescar en verano, en todo tiempo a probar fortuna en la ruleta.

Era un descanso bien ganado para los científicos que trabajaban

denodadamente, para los directores de empresas, para los empleados de mayor o menor categoría e incluso para los simples obreros. Todos podían gozar de unos días de asueto y diversión con un gasto relativamente pequeño.

—Viene también mucha gente del otro lado de la frontera. Como la ciudad es pequeña y sólo existen diez o doce hoteles y otros tantos moteles, nada tiene de sorprendente que un caballero procedente de Montreal y otro de Rochester coincidan en su alojamiento, se vean a diario y entablen amistad.

En ocasiones, dada la afluencia de forasteros, tenían que compartir la misma habitación, en la que podían hablar durante horas enteras sin llamar la atención de nadie e incluso cambiar sus respectivos equipajes. Con mayor libertad y desembarazo aún, podían actuar en los campamentos que durante el verano se montaban en cualquier punto escondido de las montañas.

—Y yo estoy convencido —concluyó Ronald— que hay quien aprovecha esta serie de circunstancias favorables para sacar del país con toda libertad datos y planos de los inventos, mejoras y descubrimientos que en materia de óptica y fotografía se realizan de una manera constante en los laboratorios y fábricas de las ciudades cercanas.

—¿Tiene alguna prueba? —preguntó Sloane.

—Desgraciadamente, no —replicó el viejo—. Tan sólo indicios; sobrados para realizar una investigación a fondo, en mi opinión.

—Pero no al parecer del

F. B. I.

—comentó su hermano Anthony—que no ha hecho nada después de comunicárselos. Porque su viaje —añadió dirigiéndose a Fred—no está relacionado con esto, ¿verdad?

El agente especial denegó con un enérgico movimiento de cabeza. Una vez más repitió lo que ya había dicho varias veces: su estancia en Lake Placid se debía a un pequeño accidente.

—De todas formas, me gustaría conocer esos indicios en que *Mr.* Ronald Charlton basa sus sospechas.

No resultaban demasiado convincentes. Se reducían a la presencia en la población de algunos individuos que pese al apellido inglés con que se inscribían hablaban con acento extraño; a las frecuentes y reservadas conversaciones de tales tipos con personas

que podían proporcionarles datos valiosos, y de unos y otros con Ezra Campbell.

—Eso no significa nada —objetó *miss* Flowers, visiblemente desilusionada—. Como director del Royale, Campbell habla con todo el mundo.

—Pero con algunos conversa horas enteras o discute violentamente. Y, lo que es más significativo, varios de sus interlocutores murieron al poco tiempo de manera violenta.

Precisó más: dos individuos que disputaron con Ezra se ahogaron a la tarde siguiente al zozobrar la lancha en que paseaban por el Mirror; un técnico de una fábrica de Rochester, que pasó un buen rato charlando con Campbell, se despeñó tres horas más tarde, y un fabricante de Schenectady fue atropellado y muerto por un automóvil desconocido.

—¿Qué le parece todo esto? —preguntó al concluir de enumerar los distintos casos.

Fred contestó con la verdad. Aquello podía tener una gran importancia o no tener ninguna. Lo mismo cabía que se tratase de accidentes casuales que de asesinatos perpetrados por un individuo astuto y habilidoso. Para emitir un juicio sería preciso investigar detenidamente cada uno de ellos.

—La policía los investigó todos —indicó Antony Charlton—, y en ninguno encontró nada extraño ni sospechoso.

—Pero fue porque desde el principio dieron por seguro que se trataba de accidentes vulgares —saltó su hermano.

»Anthony no estaba muy convencido. Ronald había hablado con Fielder comunicándole sus recelos y sospechas. Tras escucharle, el jefe de la policía local trabajó con redoblado interés tratando de comprobar si había algo de cierto. —Al final, hubo de reconocer, y nosotros con cuando nos contó todo lo que había hecho, que no encontraba la menor posibilidad de modificar el veredicto del Coroner».

—¿Qué confianza les merece ese Fielder?

La pregunta de Sloane pareció sorprender a los dos hermanos y a la muchacha, y los tres replicaron con viveza y en términos semejantes.

Edward Fielder era una persona decente, un hombre honrado, un policía ejemplar, que gozaba de la estimación y el aprecio de

cuantos le conocían.

—Fui yo quien le nombró jefe de la policía ocupando la City Administration —declaró Ronald—. Hace ya diez años de eso y nadie ha tenido nada que decir en contra suya.

—Pero —objetó Fred—, creo recordar que esta mañana...

—Dije que creía en la honradez de todo el mundo mientras no se le demostrase lo contrario; también que era excesivamente legalista y no tomaba en serio ninguna denuncia que no estuviera respaldada por hechos y pruebas.

—Lo cual —apostilló Anthony—, lejos de ser un defecto, debe considerarse como una virtud.

—Excepto cuando, como ahora, le induce a cruzarse de brazos —insistió Sloane.

—Quizá cualquiera de nosotros haría lo mismo en su caso— intervino Grace—. ¿O no ha hecho igual el

F. B. I.,

al que usted pertenece?

Sloane no supo qué responder. Aunque le molestaba, tenía que reconocer que la chica tenía razón, en apariencia por lo menos. Para ella, como para los Charlton, los jefes del Bureau habían tirado al cesto de los papeles la denuncia enviada por Ronald. La realidad era muy distinta, desde luego; pero decirlo equivalía a descubrir su juego.

—Bien —dijo—; parece que en este punto pisan terreno firme, embargo, ¿no creen que su amigo Fielder tiene ya algo concreto para empezar a moverse?

Puntualizó sus palabras, aunque resultaba innecesario. El jefe local podía poner en tela de juicio todo lo relacionado con el espionaje que sospechaba el viejo. Pero forzosamente tendría que admitir el resto.

—Si comprueba que Campbell está detrás de todo esto, como yo creo que lo está —afirmó Anthony—, tenga la seguridad de que le dará un buen disgusto.

Pero la comprobación sería difícil. Fleming no diría una sola palabra contra su jefe y nada tendrían contra Ezra directamente. El problema seguiría en pie mañana en la misma forma y con idéntica gravedad.

—Habrá una diferencia sensible —afirmó el más joven de los

hermanos—. Que fracasados en esta ocasión y sabiendo avisada a la policía, no se atreverán a intentar nada.

Era probable y debía bastar para tranquilizares. Sin embargo, a Ronald le importaba, más que su propia seguridad, llevar la lucha iniciada hasta el final. ¿Esperando varios meses a las elecciones?

—No; convenciendo a Marihelen Maish para que rescinda la venta del Royale. Cuando llegue...

—Ha llegado ya —le interrumpió Anthony; luego, ante la sorpresa del viejo, añadió—: Me telefoneó cinco minutos antes que tú. Pero...

—¿Qué?

—Le ha impresionado demasiado lo que tú la escribiste para decidirla a venir. Tiene un poco de miedo y no quiere que nadie se entere de su llegada.

—¿Ni siquiera yo? —se sorprendió Ronald.

Anthony denegó con una leve sonrisa. Si Marihelen había ido a Lake Placid era precisamente para hablar con los dos hermanos. Junto con ellos y después de oír lo que tuvieran que decirle, tomaría una decisión.

Había llegado en automóvil sin hacerse visible en el centro de la población, yendo a instalarse en un hotelito que su padre tenía a un par de millas de distancia del de Ronald por la carretera que serpenteaba para ganar la cima del monte.

—Parece que no tiene intención de moverse de allí durante los dos o tres días que permanezca en la comarca.

Miss Maish le había recomendado que no dijese una sola palabra de su llegada. Asustada por los informes de los Charlton, temía que Ezra y sus secuaces trataran de suprimirla de saber que estaba dispuesta a arrancar de sus manos el Royale.

—Quizá hice mal hablando delante de ustedes —agregó Anthony, dirigiéndose a Grace y Fred—. Espero y deseo que sean discretos.

Ambos le prometieron guardar la noticia para sí, y su interlocutor se dio por satisfecho. Indicó entonces a su hermano que debían ver cuanto antes a la hija de su antiguo amigo y compañero.

—Se asustará si pasan unas horas y no nos ve aparecer por el hotelito.

—Pero —vaciló Ronald— tengo que ir al City Hall para firmar la

denuncia contra Fleming.

—¡Bah! Fielder te esperará hasta mañana. Ahora, basta y sobra con que lo haga míster Sloane.

Podía bajar a la población utilizando su propio automóvil. Grace le acompañaría y se preocuparía de dejar el coche en el garaje. Fred dio su asentimiento y se dispuso a salir en compañía de la muchacha. En la puerta ya oyó a Anthony que decía a su hermano:

—Vas a llevarte una gran sorpresa, Ron. Marihelen ha cambiado tanto que no la conocerías si la vieses en la calle.

La afirmación del abogado produjo cierto asombro a Sloane. Hizo una pregunta a Grace mientras ambos tomaban asiento en el coche de Anthony, y la chica le dio una explicación sencilla y clara.

—Miss Maish hace doce o catorce años que no viene por Lake Placid. El viejo no la ha visto en todo este tiempo.

—¿Y su hermano sí?

Grace respondió afirmativamente. Anthony la había visto varias veces para consultarla algunos asuntos y hacerla firmar diversos documentos relacionados con la herencia de su padre. Hacía sólo ocho o nueve meses que estuvo con ella en Nueva York.

—Yo tampoco la conozco —afirmó la joven—, y no siento la menor curiosidad. Creo que tiene un carácter insoportable, acaso porque los millones se le han subido a la cabeza.

Había quien en tono burlón explicaba su mal genio en forma menos piadosa aún. De creerle, Marihelen no tenía nada que agradecerle a la naturaleza, y ni con todo su dinero encontraba quien cargase con ella.

—Apuesto que eso no le sucede a usted —dijo Fred sonriente—. Anoche mismo, el sargento...

—¡No siga! —le atajó, enérgica, Grace—. Mi charla con Jamerson era puramente informativa. Fui en busca de noticias, como casi todas las noches...

—Y las encontró, por desgracia para mí —completó Sloane con gesto dolorido.

La muchacha no contestó de momento, y ambos fueron un rato en silencio. Luego, cuando penetraban en las calles de Lake Placid, salió de su mutismo para decir:

—Fui injusta con usted; y lo reconozco, aunque un poco tarde. Créame que lo lamento y que haría cualquier cosa para que se

llevarse de mí una impresión menos deplorable.

—Lo conseguirá con entera facilidad.

—¿Cómo?

—Simplemente con mirarme un momento y sonreír un poco.

Grace sonrió, pero no se atrevió a mirarle de frente. Muy colorada, fijó la vista en el centro de la calzada, concentrando toda su atención en la tarea de conducir el coche.

Volvieron a quedar en silencio. Sólo cuando el coche se detuvo un momento ante la jefatura de la policía local para que Fred se apease la chica decidió romper la embarazosa pausa.

—¡Lea mañana el «County»! Le aseguro que quedará satisfecho.

—Me satisfará mucho más volverla a ver.

—Una cosa no excluye la otra —dijo Grace reanudando la marcha y dirigiéndole una mirada que aceleró el ritmo cardíaco de Sloane.

Fred la siguió con la mirada hasta que el coche desapareció de su vista. Luego penetró en el edificio. Casi en la puerta se tropezó con el sargento Jamerson, que al verle mostró el gesto menos amable de su repertorio.

—Iba en su busca, «Fed». Temía que se le hubiese olvidado venir y estaba dispuesto a recordárselo.

—Jamás olvido nada, «Sarge».

—No me gusta que me llamen «Sarge» —gruñó malhumorado Jamerson.

—Entonces empatamos, porque a mí tampoco me agrada que me llamen «Fed».

El otro dudó en responder, como si no encontrase palabras adecuadas. Quizá sólo estimaba adecuadas las más ofensivas del diccionario. Por fortuna no llegó a pronunciarlas, porque alguien se le anticipó:

—¡Pase de una vez, Sloane, y no se quede ahí charlando!

Era Edward Fielder, que de pie en la puerta de su despacho le hacía la indicación. Fred entró y tomó asiento frente al jefe de policía local.

—Cuénteme lo que ha pasado en casa de Ronald Charlton.

Sloane contó la verdad; una taquígrafa, ni muy joven ni muy guapa, tomaba sus palabras. Comprendió que era una declaración oficial, aunque Fielder no se hubiera tomado el trabajo de

advertírselo.

—Espero —dijo al concluir su relato—que tome las medidas adecuadas para que Fleming y sus amigos no vuelvan a molestar a Charlton.

—¡Oh, puede estar seguro de ello! —sonrió con aire bonachón Fielder—. Aunque policía de pueblo, conozco mi obligación y cumplo siempre con mi deber.

—Lo creo —admitió Fred—. El caso de estos tipos no ofrece dudas posibles.

—¡Seguro que no! Por eso elevé la fianza hasta los cinco mil dólares.

Sloane pegó un salto en su asiento. ¿Qué significaba aquello?

—No irá a decir que los ha dejado en libertad, ¿eh?

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —se disculpó Fielder—. Como usted mismo ha reconocido en su declaración...

Se trataba, en fin de cuentas, de una disputa entre Fleming y Charlton. El viejo le había insultado y el otro, dejándose llevar por la ira, le había asestado un puñetazo.

Fred protestó acalorado. Aunque Fielder tuviese razón en aquel punto, quedaba otro: la Ley Sullivan. Bastaba para hundir en presidio a cualquier sujeto con antecedentes penales que manejase armas de fuego.

—Nada que hacer por ese lado —replicó su interlocutor—. Pregunté por teléfono a Albany y Nueva York y en ningún fichero aparecen los nombres de Fleming, Greaves y Carry.

—Los nombres quizá no; pero ¿y las huellas?

Fielder había pensado en ellas. Las tomó a los tres individuos y las remitiría para su comprobación. Pero la respuesta tardaría dos o tres días. Habría que esperar hasta entonces.

—Pero conste que su libertad es sólo provisional y bajo fianza. Si se atrevieran a moverse siquiera, lo menos que podía costarles eran cinco mil dólares.

—Es posible —dijo Fred indignado—. ¡Lo malo es que a otro puede costarle la vida!

IV

UN REVOLVER A LA NUCA

Y A está reparado el coche, «Fed». Si tienes dos dedos de sentido común, antes de media hora habrás salido de Lake Placid para no volver.

Quien le daba la noticia por teléfono cortó antes de que Sloane tuviese tiempo de contestarle. La voz no la pareció totalmente desconocida; pero no estaba seguro si era la de Fleming o la de su compañero Carry.

En cualquier caso, la llamada fue como la gota que hace rebasar la copa. La charla de la víspera con Edwar Fielder, que se prolongó innecesariamente mucho más de lo previsto, le había puesto de un humor endiablado. Con una ingenuidad que rayaba en el cretinismo, el jefe local de policía se negaba a creer que Charlton hubiera estado a punto de ser asesinado.

—Y todo eso del espionaje no pasa de ser una estupidez delirante —vociferaba, indignado—. Quien lo diga merece una camisa de fuerza.

Exigía pruebas concretas y materiales para tomar en serio la imputación y reía con aire triunfal cuando Fred reconocía que ni el viejo ni mucho menos él estaban en condiciones de exhibirlas.

—Piense con un poco de lógica, amigo mío —le aconsejó al acompañarle hasta la puerta de su despacho—y comprenderá que es un disparate sin pies ni cabeza.

De regreso en el Mountain Hotel, telefoneó a Ronald y Anthony Charlton, pero no pudo dar con ninguno. Por lo visto, su charla con Marihelen Maish se había prolongado más de lo previsto y se cansó

de llamar a casa de los dos sin conseguir hablar con nadie.

—Bueno —murmuró al meterse en la cama—, por lo menos *miss* Flowers dará un pequeño disgusto a nuestros encantadores amigos.

Pidió el «County Daily» apenas se levantó y se llevó una sorpresa. No decía una sola palabra del incidente de la tarde anterior en casa de Ronald Charlton ni de la detención, siquiera hubiese durado solamente un par de horas, de Bob Fleming y sus acompañantes.

—Me parece gruñó cejijunto—que esa encantadora señorita necesita que alguien le diga unas cuantas cosas desagradables.

Pero las cosas desagradables se las dijeron a él con la inesperada llamada telefónica. Con la agravante de que su comunicante tuvo la prudencia necesaria para colgar antes de que pudiera contestarle.

Cuando se lanzó a la calle iba del peor humor imaginable. No obstante, su cólera no le impedía desdeñar la advertencia de su anónimo interlocutor, y procuró ir con los ojos bien abiertos, dispuesto a hacer frente a cualquier peligro.

No tropezó con ninguno hasta llegar al despacho de Anthony Charlton, sito en un alto edificio comercial en pleno Washington Square, en el centro mismo de Lake Placid. Fue allí porque no disponía aún del Chrysler y Ronald vivía fuera de la población, y porque trabajando de noche no era de suponer que *miss* Flowers estuviera por la mañana en la redacción del periódico.

—Pase, amigo mío; pase y siéntese —le invitó Anthony, sonriente y cordial—. Supongo que estará indignado, y yo no lo estoy menos, pero...

—¿Sabe ya que Fielder puso en libertad a aquellos tipos?

—Tuve una buena agarrada con Edward cuando me enteré. Me ha dado toda clase de explicaciones, naturalmente. Sin embargo, yo...

Las seguridades dadas por el jefe policíaco de que ni Fleming ni los que podían estar por encima de él intentarían nada contra Ronald no bastaban para tranquilizar a su hermano.

—Estoy alarmado, como es lógico; máxime cuando yo mismo corro tanto o más peligro. Igual que *miss* Maish, si esos tipos llegaran a enterarse de su llegada.

Había acudido en son de queja a Steve Wasnik. El Alcalde no se atrevió a darle la razón por entero, acaso para no desautorizar a su

jefe de policía. Prefirió echarlo un poco a broma, suponiendo que Anthony exageraba los hechos.

—Y *miss* Flowers, ¿también cree que todo es una exageración nuestra? —preguntó, irritado, el agente especial.

Su interlocutor negó apresuradamente. Parecía que Grace había escrito un relato de los hechos en el que no escatimaba ataques contra el trío de pistoleros y quienes los manejaban; atacaba también con especial vehemencia a Edward Fielder por haberlos puesto en libertad.

—Pero era tan fuerte el suelto, que Wasnik se asustó y decidió no publicarlo.

—Lo único que podemos criticar a Wasnik, caso de que eso merezca críticas, es su respeto escrupuloso por todas las leyes.

—¡Hum! —Gruñó malhumorado Fred—. Aquí todo el mundo respeta las leyes... ¡excepto una partida de bandoleros que las violan impunemente!

Anthony Charlton coincidía en este punto concreto. Estaba dispuesto a poner inmediato remedio a la situación, sin presumir de valiente y dándose cuenta exacta de los riesgos que corría.

—Tanto Steve como Edward tendrán que secundarnos sin vacilaciones cuando la Ley esté claramente de nuestra parte. Y lo estará en cuanto *miss* Maish decida anular la venta del Casino Royale.

—¿Está decidida a hacerlo?

—A medias nada más. No le preocupa lo que pasa en Lake Placid y le asusta un poco el peligro. Sin embargo...

Los argumentos de Ronald y su hermano la habían impresionado bastante. Por desgracia, la posibilidad de tener que correr algún riesgo la había impedido tomar ya una decisión.

—Sólo usted puede convencerla —agregó.

—¿Yo? —se sorprendió Sloane—. ¡Pero si no me conoce, ni sabe siquiera que existo!

Sonriendo, Charlton indicó que su hermano había hecho los mayores elogios del agente especial, y que él personalmente ratificó e incluso amplió sus alabanzas.

—Arde en deseos de conocerle. Quedé en llevarle a su casa esta misma mañana, y si no tiene nada más importante o urgente que hacer...

Cinco minutos después, en el coche de Anthony, se dirigían hacia el hotelito ocupado por Marihelen. Fred hubiese querido ir a recoger el Chrysler, ya reparado, para tener ocasión de hablar con Smithson y tratar de descubrir al autor de la llamada telefónica.

—No conseguiría nada —le disuadió el abogado—, porque probablemente Tom no lo sabrá.

Mandaría alguien que recogiese el automóvil y lo llevase a la puerta de su alojamiento. Mientras podían aprovechar el tiempo visitando a la heredera de Rudolph Maish.

Ascendieron por una carretera que, pasando entre los lagos Mirror y Placid, trepaba por la ladera del monte Whitney, tras cuya cima emergía la mucho más alta de Whiteface. Cada revuelta del camino les mostraba un panorama distinto, y todos bellos e interesantes.

Pasaron a corta distancia de la residencia de Ronald Charlton y siguieron hasta detenerse ante un hotelito amplio y confortable desde el que se divisaba un panorama de ensueño. Era comprensible que el difunto Maish, pese a vender la mayor parte de sus propiedades, se hubiera reservado aquélla.

Marihelen salió a la puerta del hotelito al oírles y les tendió la mano sonriente en gesto de saludo y bienvenida. Fred experimentó tan considerable sorpresa al verla que apenas si entendió las palabras con que Anthony Charlton hizo la presentación.

Juzgando por lo oído a Grace daba por descontado que *miss* Maish sería una mujer de treinta y tantos años, de tipo hombruno, gesto avinagrado y absoluta carencia de encantos físicos. La realidad era diametralmente opuesta.

La muchacha no parecía tener arriba de veintidós o veintitrés años, y era alta, bien proporcionada, de piernas largas, cimbreante cintura curvas armoniosas. Pero si el cuerpo era admirable, uno se olvidaba de él mirándola la cara. Porque el rostro—ojos grandes, negros, bordeados por largas y rizadas pestañas; boca pequeña, de labios intensamente rojos; nariz de línea impecable y cutis de porcelana—bastaba para atraer por sí solo todas las miradas masculinas.

—¿Le sorprende mi aspecto, Sloane? —preguntó la chica, y el agente especial comprobó que la voz, cálida y musical, rimaba perfectamente con la belleza de la figura.

—Bastante —replicó Fred galante—; esperaba encontrarme una mujer, no un sueño hecho carne.

La muchacha sonrió halagada. Pero la alabanza de Sloane no le impidió adivinar la causa verdadera del asombro que experimentaba, buena prueba de que tampoco tenía nada de tonta.

—Es probable que haya algo más —dijo—, y que usted lo calle por discreción y buen gusto.

—¿Qué más podía haber?

Sin dejar de sonreír, envolviéndole en una mirada acariciante que aceleraba el ritmo cardíaco de Fred, la chica se lo dijo. Sabía que muchas gentes en Lake Placid la creían fea y desagradable; incluso suponían que era su fealdad lo que la mantenía lejos de la población.

—Es probable que su creencia tenga cierta base —añadió sincera—. De chica no tenía mucho de atractiva, y cuando me fui de aquí no había quien me mirase a la cara.

—Si es cierto —respondió Sloane—, ha cambiado tanto que ahora no habrá nadie que no desee estar mirándola a todas horas.

—¿Incluso usted? —preguntó Marihelen con una coquetería que no pudo frenar.

—Yo tanto como el primero. En realidad, desde que llegué no he hecho otra cosa.

—¿Y piensa seguir haciéndolo mucho tiempo?

—Por mi gusto, el resto de mis días.

Aunque la réplica agradó visiblemente a la muchacha, su interlocutora tuvo buen cuidado de precisar el alcance de su pregunta. ¿Pensaba permanecer muchos días en Lake Placid?

—Porque si piensa marcharse en cuanto reparen su coche yo tampoco me quedaré aquí muchas horas.

Fue ahora Fred quien sintió halagada su vanidad masculina; pero el sentido crítico se impuso con toda facilidad. Tenía que ser cretino de nacimiento para creer que la chica se había vuelto loca por él al verle y se disponía a seguirle dondequiera que fuese.

—¿Qué la induciría a abandonar Lake Placid? —preguntó—. Porque no creo que mi presencia en la localidad pueda influir en sus decisiones.

—Pues influye, amigo Sloane —afirmó Marihelen—. Y no sólo porque su compañía puede hacer más divertido este pueblo, sino

porque constituye una especie de seguro de vida.

Habló con mediana claridad, sin morderse la lengua ni dar rodeos innecesarios. Por respeto y deferencia hacia los hermanos Charlton, amigos y compañeros de su padre, se sentía inclinada a complacerles, rescindiendo la venta del Royale, pese a que esto lesionaba un tanto sus intereses.

—Pero no puedo llevar el sacrificio hasta el punto de jugarme la piel.

Creía lo que Ronald y Anthony le habían contado acerca de la catadura moral y los procedimientos de Ezra Campbell y los tipos que se movían a su alrededor. Conocía lo sucedido la tarde anterior en casa del viejo y no confiaba mucho en un policía como Fielder, que había puesto en libertad a los agresores.

—En estas condiciones, lo más cuerdo y prudente es lavarse las manos, abandonar Lake Placid y desinteresarse por completo del problema.

La cuestión variaba por completo si el

F. B. I.,

tomaba cartas en el asunto. Con la policía federal no cabían bromas, lo sabía ella y, lo que importaba más aún, no lo ignoraban los forajidos. Quienes se atrevían a gallear frente a las gentes locales huirían con el rabo entre las piernas en cuanto el Bureau hiciese acto de presencia.

—Mi pregunta concreta es ésta —concluyó mirándole con fijeza—. ¿Se encuentra aquí con carácter particular y de una manera accidental o en misión oficial y enviado por sus jefes?

—¿Concede mucha importancia a la respuesta? —vaciló Fred.

—Definitiva —afirmó la joven—. De ella depende por entero que anule la venta del Casino Royale o que deje todo como está y me largue sin volver la cabeza. ¿Qué contesta?

Slone midió en un abrir y cerrar de ojos los pros y contras de la cuestión. Estaban en abrumadora mayoría los primeros. ¿Qué inconveniente podía haber en confesar la verdad? Tanto Marihelen como Anthony Charlton se consideraban, con perfecta razón, en grave peligro. No serían ellos, naturalmente, quienes traicionasen su confianza.

Con estos dos, igual que con Ronald, no tenía por qué seguir guardando el secreto, y no lo guardó. Ni estaba de paso ni había

caído en Lake Placid por pura casualidad. La imprudencia de Billy Ramsey, cruzándose en su camino con un camión de diez toneladas, le proporcionó el pretexto para quedarse en la ciudad.

—Pero de no ser por este pequeño incidente —confesó— habría tenido que inventar otro cualquiera.

Contra lo que pensaban y temían los Charlton, la denuncia del viejo no había sido echada al cesto de los papeles, sino objeto de una cuidadosa atención. Encerraba la gravedad suficiente para no pasarla por alto, pero no aportaba las pruebas precisas para justificar una intervención abierta y pública del

F. B. I.

—Las policías locales son muy sensibles y hemos de procurar por todos los medios no herir su vidriosa susceptibilidad.

La única solución consistía en mandar un agente que de manera reservada y confidencial se enterase de lo que sucedía. Una vez comprobado que la denuncia tenía una base firme y sólida llegaría el momento de intervenir oficialmente.

—Yo vine con esa misión. No debía decírselo a nadie antes de informar a mis jefes del resultado, pero...

La actitud de Marihelen, que podía entorpecer la solución del problema, le forzaba a ser un poco indiscreto. Esperaba de sus oyentes que no divulgasen lo que acababa de decir.

No parecía necesario hablar más, aunque la muchacha no mostraba prisa alguna en dar por terminada la entrevista. Anthony, sin embargo, quería volver cuanto antes a su despacho, y Fred estaba ansioso por hablar con Ronald y Grace, aparte de ver cómo le habían dejado el Chrysler.

—Me gustaría verle a solas, Fred —dijo Marihelen al estrechar su mano en gesto de despedida y aprovechando que el abogado se había alejado unos pasos—, y a ser posible esta misma tarde.

—Nada resultará más agradable para mí —repuso el agente especial, y sus palabras respondían a la verdad—. Pero —añadió asaltado por una sospecha—, ¿tiene algo que decirme que no pueda oír Charlton?

—Hay muchas cosas que sólo nos interesan a los dos —dijo la chica con una mirada expresiva.

Al regresar a la población, Fred quiso hablar con Ronald e hizo que Anthony se desviase un poco de la carretera general para

acercarse al hotelito. El viejo no estaba.

—Habrà bajado a ver a Fielder; tenía que firmar su denuncia contra Fleming y estará haciéndolo ahora.

Pero en la jefatura de policía no dieron con Ronald ni con Fielder. El único que estaba allí era Clay Benson, que no pareció mirar con demasiada simpatía al agente especial.

—Es probable que Jamerson sospeche algo —dijo Anthony a modo de explicación—, y que Benson, que es un poco bruto, no acierte a disimular sus sentimientos.

Como satisfactoria contrapartida, Sloane tropezó, cerca ya del mediodía, con Grace Flowers. La joven estaba indignada, y no precisamente contra él.

—Ese Wasnik es un cretino, y los cargos que desempeña le vienen un poco anchos. Otro cualquiera en su lugar...

No sólo habría permitido la publicación de la nota redactada por la joven, sino que habría suprimido radicalmente el juego. Pero Steve era un hombre irresoluto, temeroso de enfrentarse con la gente y de crearse, dificultades.

—Se cree un Maquiavelo porque lleva cuatro años de Alcalde, aunque su maquiavelismo consiste en cruzarse de brazos y dejar que todo el mundo haga lo que quiera.

A Fred le produjo una íntima alegría escucharla. Como la chica no parecía tener ninguna prisa y de momento nada urgente le acuciaba, la invitó a comer en su compañía y Grace aceptó. No sería en modo alguno una pérdida de tiempo.

—Aparte del placer personal de estar a su lado, puede ayudarme a ver con mayor claridad en este embrollado asunto.

La muchacha respondió de buen grado a todas sus preguntas, e incluso otras que no llegó a formular. Apenas se había movido de Lake Placid y conocía a todo el mundo.

—Es posible que el viejo Charlton se pase un poco de la raya con todo aquello que contó del espionaje. Pero tampoco me atrevería a negar que tenga un fondo de razón en lo que dice y sospecha.

En cualquier caso, estaba plenamente segura de dos cosas: de su absoluta honradez y sinceridad y de que se hallaba en lo cierto respecto a los males derivados del juego.

—Con todos sus alardes de caballerosidad, Ezra Campbell no pasa de ser un tahúr de la peor especie, y quienes le rodean no

llegan siquiera a eso, porque se quedan en matones de alquiler.

Entre ellos y Ronald había un verdadero abismo; como lo había con relación a su hermano Anthony. El menor de los Charlton era menos idealista, decidido e impetuoso que el viejo, pero tan decente y respetable como él.

—Steve Wasnik no les llega a las suelas de los zapatos. No quiero decir, naturalmente, que sea inmoral o aprovechado. Sólo que le falta carácter, acaso porque no anda muy sobrado de inteligencia.

A idéntica altura colocaba al jefe local de policía. Los dos podían entenderse perfectamente, porque estaban cortados por el mismo patrón. Como todos los tontos se creían poco menos que genios, aunque sólo demostraban su genialidad no queriendo meterse en nada.

—Jamerson es bastante más listo, pero excesivamente ambicioso. Considera una injusticia ser simple sargento y descarga su mal humor sobre el primero que se cruza en su camino.

—¿Y qué tal era Rudolph Maish, el caballero que ganó millones en Lake Placid?

—Personalmente tenía poco de simpático y mucho de soberbio y engreído. Creo que la hija se le parece incluso en lo que menos puede agradaarla: la cara. El padre era feo con exageración, y la chica...

Fred se apresuró a poner las cosas en su punto, y Grace le escuchó boquiabierta por el asombro. La descripción de Marihelen se le antojó producto de una fantasía calenturienta.

—¿No habrá visto a Jane Russell y la habrá tomado por la chica de Maish?

—La que yo vi admite sin desdoro la comparación con Jane Russell —replicó Sloane—, pero era Marihelen Maish.

—Entonces, habrá que creer que la cirugía estética hace verdaderos milagros.

Cambió rápidamente de tema, volviendo a centrar la charla en Ronald Charlton. Le había estado buscando desde su regreso a la población sin conseguir encontrarle. ¿No sabría Grace dónde podía estar en aquel momento?

—Probablemente en su casa —respondió la joven—. Por cierto que yo sí le vi esta mañana y estaba mucho más preocupado y

hundido que ayer.

—¿No le dijo por qué? —inquirió sorprendido Fred, que se le figuraba en un estado de ánimo diametralmente opuesto.

La joven lo había preguntado, pero no consiguió que se lo dijera. Tan sólo pudo saber que no era simplemente por la libertad de Fleming y sus acompañantes, sino algo cien veces más grave.

—El mal tiene raíces más hondas de lo que creíamos —añadió en tono sibilino—, y acaso cuente con complicidades que al descubrirse producirán el mismo efecto que una bomba H estallando en el centro de Lake Placid.

¿A qué o a quién se refería el viejo? Ni Grace ni el agente especial dieron con una respuesta satisfactoria. Coincidieron, no obstante, en que debía ser la defección de alguien que hasta entonces había merecido toda su confianza.

—Y para mí solo pueden ser dos personas —indicó Sloane—: Edward Fielder o Steve Wasnik.

La muchacha se resistía a creer que hubiesen caído tan bajo; más aún, se atrevía a responder de su honestidad. Pero discutiendo con el agente especial hubo de reconocer de visible mala gana, que eran los únicos a quienes podía aludir Ronald con sus palabras.

—El mejor medio para salir de dudas es hablar con él —resolvió Fred, pagando con rapidez la cuenta y disponiéndose a abandonar el restaurante.

Llamó por teléfono a su casa y estaba comunicando, lo que probaba que se hallaba allí. Fue con Grace hasta el Mountain y se despidió de ella en la misma puerta. Sonrió complacido al ver aparcado en las inmediaciones el Chrysler, sin la menor huella de los desperfectos sufridos dos días antes.

—¿Quieres acompañarme?

—No. Es posible que el viejo no quisiera hablar delante de mí. Prefiero quedarme en la población y hacer algunas averiguaciones.

Grace le tendió la mano deseándole suerte y Fred la vio alejarse con pena. Habían estado juntos más de tres horas que se le hicieron dos minutos. Indudablemente, el tiempo corría veloz al lado de la muchacha.

Pensó en subir al coche y pisar el acelerador. Pero faltaba del hotel desde la mañana y era posible que tuviese algún recado. Como Ronald seguía siendo propietario del Mountain cabía incluso que los

empleados supieran donde podía encontrarle.

—Estuvo aquí tres veces buscándole y ha preguntado otras tantas después. Dice que necesita verle inmediatamente para un asunto de trascendental importancia.

Sloane tuvo prisa también en hablar con él, pero seguía comunicando. No le quedaba otra solución que coger el coche e ir en su busca. Se dirigía a la salida cuando un botones le dio alcance, anunciando que le llamaban por teléfono.

Dio por descontado que se trataba del viejo, pero la voz que llegó a sus oídos era femenina y difícil de confundir.

Venga a toda prisa, Fred —le apremió Marihelen—. He llegado a una decisión y quiero que sea usted el primero en conocerla.

Anticipó que la decisión era satisfactoria y agregó intencionadamente que tenía algo más que decirle, mucho más halagüeño aún. Demostró su contrariedad con una leve exclamación cuando Sloane indicó que tardaría media hora en llegar porque necesitaba entrevistarse con Ronald, que le aguardaba.

—Procure no entretenerse, amigo. Entre un viejo y yo, no creo que la elección sea dudosa. Y yo estoy contando con impaciencia los segundos que tarda en estar a mi lado.

Tuvo que retorcerse un poco el corazón para interrumpirla y colgar el auricular. Pero Ronald aguardaba también y sentía verdadera ansiedad por oír lo que quería decirle.

Cruzó en tres zancadas el vestíbulo del hotel. Salió a la calle y corrió hacia el punto en que tenía aparcado su coche. No perdió tiempo mirando hacia atrás por si alguien le seguía. Seguro de que no le amenazaba, de momento, ningún peligro, lo único que le urgía era hablar con el viejo.

Sentado al volante, pisó a fondo el acelerador abandonó el centro de Lake Placid. Pronto estuvo en la carretera que, deslizándose entre los lagos, ascendía por la falda del Whitney. Era un camino que conocía ya de memoria, pero obstante concentró la atención y la vista en la ruta.

Diez minutos más tarde llegaba al ramal que conducía a la villa ocupada por Ronald Charlton. Iba a torcer por ella cuando una voz agria y dura llegó en tono amenazador a sus oídos:

—¡Sigue recto, «fed», sin disminuir la marcha! Si pretendes torcer, irás derecho a la eternidad...

Por el espejo retrovisor pudo ver al individuo que hablaba. Se había escondido en el interior del Chrysler y surgía, inesperadamente, como un peligro difícil de eludir. Era un tipo bestial, con la cara deforme, orejas de coliflor y varios esparadrapos en la cara.

Los esparadrapos tapaban las huellas dejadas por sus golpes. Y el individuo en cuestión no era otro que Dan Greaves, el antiguo luchador convertido en asesino a sueldo. Tenía en la mano derecha un revólver, cuyo cañón apoyaba contra la nuca de Fred.

—Buena sorpresa, ¿eh? —rió, divertido—. ¡Pues todavía te preparo otra mayor! ¡Pera ésa será la última...!

V

DE PELIGRO EN PELIGRO

FRED tragó saliva y guardó silencio, mientras su cerebro trabajaba con actividad febril. Llevaba una pistola en el bolsillo. Si pudiera sacarla con disimulo...

—¡Cuidado! —le advirtió Dan con una risotada—. Apartar las manos del volante puede costarte un agujerito en la cabeza.

Desistió, convencido de que Greases no vaciaría en apretar el gatillo. Había, que buscar la solución por otro lado. ¿Qué tal si pisase a fondo el acelerador y luego frenara en seco? Su adversario saldría proyectado hacia adelante y entonces...

—¡Más espacio, «fed»! —ordenó Dan, que carecía adivinar su intención—. Yo no tengo prisa en llegar y tú debes tener todavía menos.

Hubo de obedecer a la fuerza. Pronto llegaron ante el hotelito de Marihelen. De lejos, Fred pudo ver a la muchacha que esperaba impaciencia en la puerta. Por desgracia, Dan la descubrió también.

—Aprieta ahora —indicó—, hasta que pasemos el hotelito. Y toma por la izquierda. No te equivoques porque las consecuencias...

La presión del arma sobre la nuca del agente especial no dejaba lugar a posibles dudas sobre las consecuencias de un error. Sloane no lo cometió. Dejó la carretera de la derecha que volvía a Lake Placid luego de dar una amplia vuelta en torno al Mirror, y tomó la de la izquierda que seguía, cada vez a mayor altura, la orilla del otro lago.

—Afloja el paso, amiguito. Cuanto más tardes, mejor para ti.

—¿Piensas asesinarme?

—¡Allá veremos!

La respuesta no era muy alentadora. Había ponerse en lo peor, y Fred se puso. Amenguó la marcha, porque nada perdía con ganar tiempo, pero hizo una advertencia a Greaves.

—Te freirán si lo haces —dijo—. Todavía no quedó impune la muerte de un agente del

F. B. I.,

y no va a ser la mía la primera.

—Es posible —se encogió de hombros su enemigo—. Pero ¿a quién, si no a ti mismo, podrán culpar si te despeñas por exceso de velocidad?

—Si me despeñas con el coche —replicó Sloane—, tú no escaparías muy bien.

—Espero que mucho mejor que tú.

Fred no juzgó conveniente seguir hablando. Prefirió hundirse en sus pensamientos, tratando de adivinar la forma en que Dan pretendía liquidarle y la mejor manera de frustrar sus designios. Por desgracia, aunque pasó un buen rato pensando, no consiguió nada.

—¡Para aquí mismo! —ordenó Oreases en un momento dado—. El sitio es ideal.

En otras circunstancias, a Fred se lo hubiera parecido también. Estaban a seis o siete millas del hotelito de Maish, casi en la cima del Whitney, dominando un paisaje maravilloso. La carretera corría aquí encajonada entre la pétrea muralla que formaba el picacho montañoso y un precipicio de trescientos pies de profundidad.

—Comprendo —comentó el agente especial, seguro de no equivocarse—. Vas a apearte y ordenarme que pise el acelerador para lanzarme al abismo.

—Tengo algo mejor —replicó Dan con una sonrisa—. ¡Empieza por apearte, pero con las manos cruzadas sobre la nuca!

Bajo la amenaza del revólver, Sloane tuvo que obedecer. Un instante después los dos habían abandonado el coche y se encontraban en la carretera.

—Mueve un poco los «pinreles», muchacho, colócate en el borde.

Fred creyó adivinar lo que el otro tramaba, na vez al borde del abismo, bastaría un balazo ira hacerle perder el equilibrio y despeñarse, de aquella forma, Dan se evitaba el menor esfuerzo o

molestia.

—Pero encontrarán el plomo al hacerme la autopsia y...

—¡No encontrarán nada! ¡Ponte donde he dicho!

Desconcertado, Sloane dio unos pasos hacia borde de la carretera.

—¡Ahí estás bien! No te muevas un minuto.

Repentinamente, Fred vio con meridiana claridad el propósito del forajido. Un ligero empujón sería suficiente para precipitarle al vacío, yendo a estrellarse contra las rocas del fondo. ¡Y Dan se acercaba para darle el empujón! Giró sobre sus talones decidido a todo. Afrontaba la casi seguridad de recibir un balazo, peor era no moverse. Si le mataban de un tiro, proyectil sería prueba definitiva de que no había muerto en un accidente.

—¡De espaldas, imbécil! —chilló irritado Greaves, que se acercaba con paso rápido—. ¡Si no te vuelves inmediatamente...!

Lejos de obedecer, Fred bajó las manos y dio un paso para apartarse del precipicio. Furioso. Dan estuvo a punto de disparar. Se contuvo. Era mucho más fuerte, físicamente, que su adversario, que, además, seguía a cuatro o cinco pies del borde. Un golpe en el pecho o el vientre y asunto resuelto.

—¡De todas formas te mandaré al infierno! —chilló lanzándose sobre su enemigo.

Sloane no había tenido tiempo de empuñar la pistola que llevaba en el bolsillo, ni lo tendría antes de que los empujones o puñetazos del antiguo luchador le arrojasen al abismo, pero su imaginación le ofreció una posible salida.

—¡Quizá tengas que enseñarme el camino! —contestó cuando ya Greaves extendía los brazos para alcanzarle.

Procedió entonces con celeridad vertiginosa y energía desesperada. Sus dos manos se cerraron de pronto sobre la muñeca izquierda de Greaves al tiempo mismo que se tiraba de espaldas, arrastrando consigo a su rival. Dan entrevió confusamente las intenciones del agente especial y apretó por dos veces el gatillo del revólver. Pero estaba por los aires, y el plomo rebotó en el suelo, a unas pulgadas de la cabeza de Sloane.

El fuerte tirón de Fred, que seguía asido a s muñeca, le obligó a caer de bruces sobre el agente especial. Era lo que su adversario deseaba y se proponía. Pero no, claro está, para dejarse aplastar

bajo sus doscientas libras de peso.

En el momento preciso en que el forajido caía sobre él, Sloane dobló ambas piernas con rapidez. Las extendió con toda violencia cuando el estómago de Dan entraba en contacto con las suelas de sus zapatos. Era un golpe clásico de «*jiu-jitsu*», que el agente especial había practicado en Quantico.

Ahora dio los frutos apetecidos. Greaves salió proyectado por el doble patadón en el estómago. Pasó por encima de su rival sin tocarle siquiera y cayó de bruces a dos palmos de distancia.

Un instante osciló en el borde del abismo; luego, vencido por su propio peso, sin encontrar donde asirse pese a que extendió ambas manos en gesto frenético, se desplomó en el abismo con un alarido infrahumano de terror y angustia. Aún seguía resonando el grito en los oídos de Fred cuando llegó a ellos el ruido sordo y dramático de su cuerpo al estrellarse contra los pedruscos del fondo.

El agente especial se incorporó de un salto. Sudaba copiosamente y se pasó el dorso de la mano por la frente. Luego, despacio, se acercó al borde del abismo. Allá abajo, trágicamente despatarrado, convertido en una masa informe y sanguinolenta, estaba lo que había sido un minuto antes un temible facineroso.

—Y así estaría yo ahora si...

Apartó la mirada y volvió al Chrysler. Sentado al volante, dejó transcurrir unos minutos hasta recobrar el dominio de sus nervios sobrecitados. Sólo entonces puso el coche en ruarí, dio la vuelta e inició el regreso.

—Falló el segundo intento —comentó pensativo—. Pero ¿qué pasará si les dejo probar suerte por tercera vez?

Pese a la prisa, no quiso pasar de largo por delante del hotelito de Maish. Marihelen le aguardaba con impaciencia y si le había reconocido al cruzar antes al volante del Chrysler estaría alarmada. Lo menos que podía hacer era perder unos minutos para tranquilizarla.

—¿Usted? —murmuró asombrada la muchacha cuando, respondiendo a su llamada, abrió la puerta—. Pero si yo creía...

—¿Que no vendría ya? —completó Fred con una sonrisa viéndola detenerse—. ¡Pues muy cerca he estado de no poder venir, porque me facturasen para el otro barrio!

En el rostro de Marihelen se pintó una expresión de terror,

mezclada a un claro desconcierto. A sus labios acudió el nombre de Ronald Charlton, al que Sloane pensaba visitar.

—¿No irás a decir que fue el viejo el que...?

—¡Oh, no! Quien pretendió matarme lo hacía precisamente para evitar que me entrevistase con él.

Quiso contar en medio minuto la extraña aventura vivida y continuar la marcha sin pérdida de segundo. Pero sus palabras produjeron tal impresión a la joven, que medio se desmayó en sus brazos.

—¡No me deje ahora, por favor! —suplicó angustiada—. Quédese conmigo hasta que me tranquilice un poco.

Temblaba de pies a cabeza, tenía brillo de lágrimas en las pupilas y un aire de susto y temor en el semblante. Fred ansiaba marcharse, pero no podía desoír el ruego de Marihelen.

—Me quedaré —accedió—, aunque el tiempo tiene ahora un valor inestimable, y cada minuto que pierda...

La chica se apretó contra su pecho como si quisiera hacerle comprender que no estaría mal empleado el rato que pasara a su lado y el agente especial se sintió un poco mareado. Era demasiado violento el contraste entre aquel abrazo el reciente de Greaves para resistirlo impávido.

—Creo que necesito un buen trago —dijo cuando pasaron al interior del edificio, apartándose unas pulgadas de la muchacha con un esfuerzo sobrehumano.

—Yo también —contestó Marihelen.

Tenía un bar bien surtido y se lanzó a preparar unos whiskeis. Fred la contempló con detenimiento y complacencia. Era inconcebible que nadie hubiera podido considerarla fea en ningún momento de su vida. Debía haber sido guapa desde el día mismo que nació. Recordó lo que hace poco le habían dicho y murmuró convencido:

—¡Seguro que está equivocado!

—¿En qué estoy equivocada, Fred? —preguntó la mujer, a la que no había pasado inadvertido el efecto que su belleza producía en el agente especial, acompañando la pregunta de una sonrisa provocativa.

—En nada —replicó galante Sloane. El error sería una imperfección y tú... ¡bueno, usted!, no tiene más que perfecciones.

—¡Prefiero el tú, querido! —dijo Marihelen, acercándose para entregarle el vaso de *whisky*—. ¡Ah, y no seas tímido! Conmigo, no es necesario.

Se dejó caer en el brazo del sillón que Fred ocupaba y le ofreció sus labios. El agente especial sintió deseos vehementes de probarla que la timidez no figuraba entre sus múltiples defectos. Pero tuvo miedo de no poderse contener si empezaba y no acertar a salir del hotelito en veinticuatro horas como mínimo.

—¿Me viste hace media hora, cuando pasé en el Chrysler por delante? —preguntó, cambiando bruscamente el sesgo peligroso de la charla.

Marihelen inclinó la cabeza en gesto afirmativo. Aunque cruzó muy rápido, creyó reconocerle en el individuo que manejaba el volante. Le sorprendió que no se detuviese y más aún, que le acompañara un tipo totalmente desconocido.

—Pensé lo peor y tuve un miedo loco. Por eso cuando llegaste no sabía si reír o llorar, si eras tú realmente o un fantasma que...

Al hablar la chica casi se había arrojado en sus brazos. Fred no fue capaz de dominarse, la estrechó entre ellos. Quizá apretó demasiado y la joven lanzó un leve gemido.

—Supongo —dijo Sloane, esforzándose por dominarse y aflojando la presión—de que ya no dudarás de que soy un hombre de carne y hueso.

—Afortunadamente para mí —repuso Marihelen, sin apartarse una pulgada, pero levantando la cabeza para mirarle colorada y sonriente.

De nuevo necesitó el agente especial hacer uso de todas sus reservas morales para no ceder a la tentación. Por fortuna, el nombre de Ronald, que la muchacha había pronunciado, resonaba en su cerebro como una llamada al deber.

—El viejo me necesita —dijo, poniéndose en pie—. Acaso pende sobre su cabeza una grave amenaza y si no corro en su auxilio...

—¿No merezco yo que me auxilies también? —le interrumpió *miss* Maish.

—¡Apuesta que sí! Por fortuna, tú no corres ningún peligro. De momento al menos.

—¡Ojalá! Pero ¿y si Campbell sospecha que estoy dispuesta a deshacer la venta del Royale?

Marihelen puso en juego sus mejores armas para convencerle de que nada podía compararse a la dicha que le aguardaba de permanecer allí. Sus armas eran tan poderosas que hicieron vacilar la voluntad de Fred.

—Lo siento, querida —dijo sobreponiéndose—, pero tengo que irme. Recogeré a Ronald Charlan y volveré con él. Será sólo una pérdida de quince o veinte minutos.

—¡Pero no será lo mismo con un testigo delante! —se lamentó, ya en la puerta, la chica—. De cualquier forma —agregó resignada—, no me moveré de aquí aguardando tu regreso.

Era más de lo que Fred podía esperar y se sentía alegre y satisfecho al sentarse de nuevo al volante del Chrysler. Sólo entonces advirtió sobresaltado que había pasado junto a Marihelen mucho más tiempo del que se proponía.

La tarde llegaba a su final; el sol se había ocultado tras los montes cercanos y del lago subía una niebla que parecía pegarse a la carretera e iba espesándose por segundos, dificultando la visión. Encendió los faros, pero la medida resultó contraproducente.

Hubo de resignarse a ir muy despacio, porque la niebla hacía muy peligroso correr en una carretera llena de curvas. Tardó diez veces más de lo previsto en ganar la villa de Charlton, y cuando arribó las primeras sombras de la noche iban extendiéndose sobre la tierra.

Vio un coche aparcado ante el jardín. Le pareció el del viejo y no le extrañó que estuviera vacío. Dentro de la casa, en el «*living*» y el despacho concretamente, estaban encendidas las luces. Ronald debía seguir esperándole con impaciencia redoblada a medida que transcurrían las horas.

Se apeó del Chrysler, atravesó en dos saltos el jardín y llegó ante la puerta. Iba a llamar cuando comprobó que estaba abierta. Empujó resuelto, preguntando a voces:

—¿Está ahí, *Mr.* Charlton? Soy Fred Sloane que...

Se interrumpió desconcertado. Todas las luces del «*living*» estaban encendidas y algunos muebles en desorden. Un par de sillas habían sido derribadas y sobre la alfombra aparecían tirados algunos papeles.

—¿Qué ha pasado aquí? Si he llegado tarde...

Corrió hacia el despacho. Era la misma habitación desde donde

había presenciado la entrevista del viejo con tres visitantes indeseables. Apenas ganó la entrada comprobó que el desorden era allí mucho más visible que en el «*living*».

El armario de fondo estaba abierto; los cajones de la mesa fuera de su sitio y volcados. Hubo algo que le impresionó más y atrajo desde el primer instante su atención. Era un cuerpo ensangrentado e inmóvil tendido boca arriba en el centro de la habitación.

—¡Dios mío! —exclamó, angustiado—. ¡Es Ronald Charlton!

Lo era, en efecto. Llevado de un impulso irresistible se arrodilló a su lado y le tomó el pulso, aunque una sola mirada debió bastarle para comprender que estaba muerto. Tenía los ojos muy abiertos en gesto de infinito asombro y dos balazos en mitad del pecho.

Un ruido a su espalda le hizo ponerse en pie de un salto y volverse alarmado. Se dio cuenta instantánea del peligro que le amenazaba. Una de las ventanas acababa de abrirse y por ella asomaba una mano armada de una pistola.

No vio a quien sostenía el arma; no perdió el tiempo en mirar, realmente, convencido de que la menor vacilación le costaría la vida. Se tiró de bruces sobre la alfombra, mientras sacaba con precipitación la pistola. Sonaron dos disparos antes de que llegase al suelo y el sombrero le fue arrancado de la cabeza.

Fred dio dos o tres vueltas sobre la alfombra para eludir un nuevo balazo; luego tiró contra la ventana sin molestarse en apuntar. No alcanzó, no podía alcanzar a su agresor; pero los disparos fueron suficientes para alejar el peligro.

Quizá era un cobarde como suelen serlo todos los asesinos; acaso por pura casualidad una de las onzas de plomo disparadas por el agente especial pasó muy cerca de su cabeza. En cualquier caso, no se atrevió a continuar allí y encomendó su salvación a la huida.

Sloane se incorporó de un salto cuando escuchó el ruido de su carrera. En dos brincos ganó la ventana. Un individuo alto llegaba en aquel instante al borde del jardín y se precipitaba en el interior del coche que había visto aparcado ante el edificio.

El agente especial fue tras él sin dudas ni vacilaciones. Saltó por la ventana y corrió hacia el automóvil. Era un Lincoln oscuro, que emprendió la marcha antes de que llegase a veinte pasos de distancia.

—¡Alto! ¡Alto, o disparo!

No esperaba que el fugitivo hiciera mucho caso de su mandato y lo ratificó con unos cuantos disparos. Tuvo la seguridad de haber alcanzado la carrocería del coche, pero no hirió a su conductor. El Lincoln acentuó la rapidez de su marcha, dirigiéndose hacia la carretera general.

A todo correr llegó Fred junto al Chrysler. Un segundo después manejaba el volante, decidido a dar alcance al que huía. El asesino le llevaba cincuenta yardas de ventaja y en algunos momentos se le perdía de vista entre las sombras de la noche y la niebla.

Le vio perfectamente, sin embargo, en el momento de desembocar en la carretera general. Se llevó entonces una sorpresa considerable. Había dado por descontado que tiraría hacia Lake Plació, porque en la ciudad le sería más fácil despistar a su perseguidor.

—¡Pero ha tomado en dirección contraria!

Un momento le asaltó el temor de que el fugitivo pudiera tenderle una emboscada en cualquiera de las muchas revueltas del camino hacia la cumbre del Whitney. Era muy probable, pero no bastó a disuadirle de la persecución iniciada.

A los cuatro minutos avistaba el hotelito de Maish, donde un rato antes había charlado con Marihelen. Allí precisamente se bifurcaba la carretera. Ignoraba por cuál habría tomado el fugitivo y no quería perder tiempo examinando ambas en busca de las huellas de sus neumáticos.

—¡Afortunadamente, ahí está Marihelen, que ha tenido que ver por dónde se largaba!

Frenó en seco al llegar a su altura y la llamó a voces. Vio que la muchacha acudía a su llamada, pero la impaciencia no le permitió seguir al volante y abandonó el Chrysler para correr a su encuentro.

—¿Qué pasa, Fred? ¿Qué sucede para...?

—¿Has visto por dónde siguió el Lincoln? —la atajó Sloane.

—¿El Lincoln? —vaciló la joven—. ¿Quieres decir un coche que pasó hace medio minuto?

—Sí. ¿Qué carretera tomó?

La muchacha vaciló. Creía que había tomado la ruta de la derecha; pero no, estaba segura de que se había ido por la otra bifurcación.

—¡No ha podido ir muy lejos! Tiene muchas curvas y con esta

niebla...

Fred no la escuchaba ya. Había dado media vuelta y corría hacia el Chrysler, decidido a alcanzar al fugitivo. Vio entonces las luces de un coche que se acercaba procedente de Lake Placid y no le concedió la menor importancia.

Saltó al interior del automóvil, asió el volante y se dispuso a emprender de nuevo la marcha. Una voz, dura y amenazadora, llegó entonces a sus oídos:

—¡Entrégate a la Policía! Si intentas largarte o haces el menor movimiento sospechoso, puedes darte por muerto.

Volvió la cabeza, sorprendido y confuso. Junto al suyo acababa de detenerse un coche, por cuyas ventanillas asomaban los cañones de dos pistolas que le apuntaban. Pudo ver al que hablaba, aunque le hubiese reconocido sólo por la voz: era el sargento Gordon Jamerson.

—¡No sea imbécil! —contestó, rabioso—. Si me hace perder unos minutos, el asesino...

—¡El asesino eres tú! ¡Pon las manos en la cabeza y apéate con cuidado! ¡Si tiro, será a matar!

Había saltado del coche policíaco y se le acercaba manteniéndole cubierto con su pistola. Tenía el rostro contraído por una mueca siniestra y parecía dispuesto a disparar al menor esbozo de resistencia.

—¿Bajas, sí o no?

Estaba a su lado, apoyando casi contra su cara el cañón de la Smith & Wetson.

Junto a él, y en actitud semejante en un todo, aparecía la cara zafia y hostil de Clay Benson.

Comprendió que era suicida pretender rebelarse. Masculló entre dientes unas maldiciones y se apeó. No puso las manos sobre la cabeza, pero las apartó mucho del cuerpo para que el sargento y su ayudante no cometieran un error irreparable.

—¡Idiotas! —chilló indignado, encarándose con ellos—. Acaban de asesinar a míster Charlton y dejáis que el asesino se largue con toda tranquilidad.

—¡Cuidado con las palabras, cerdo! —Se encrespó Jamerson, haciendo oscilar amenazadoramente la pistola que empuñaba—. El único asesino eres tú, y no te dejaremos escapar.

—¿Estáis locos para pretender achacarme el crimen? —preguntó Fred, resistiéndose a creer lo que oía.

—Estamos perfectamente cuerdos. ¡Al viejo le mataste tú!

—Es inútil que mientas—intervino Clay Benson—. Estábamos cerca de la casa de Charlton cuando oímos los disparos. Fuimos allá y te vimos salir a todo correr y emprender la huida.

—¡Y no te hemos perdido de vista un solo segundo! —Remachó el sargento—. No puedes negar que le mataste tú.

Confuso, angustiado, iba a replicar Fred, pero un nuevo personaje se lo impidió. Era un tipo que hablaba a su espalda, para acusarle de un nuevo delito.

—¡Y no es su único crimen de hoy, porque antes asesinó a Dan Greaves!

Sloane se volvió con la exclamación de asombro en los labios. Pudo ver al individuo que hablaba. Sólo una vez le había visto con anterioridad durante su visita al Royale, sin cambiar la palabra con él; pero antes de llegar a Lake Placid había contemplado su fotografía y no creía equivocarse.

—¡Ezra Campbell con la Policía! —murmuró estupefacto.

—Y dispuesto a que pagues de una vez todos tus crímenes. Eres un loco homicida que mereces...

Era más de lo que Fred podía aguantar. Verse insultado, acusado por un sujeto de la catadura de Campbell, resultó superior a sus fuerzas. Incapaz de contenerse, alzó la pierna derecha.

Alcanzado en pleno vientre, Ezra lanzó un doloroso gemido y rodó por el suelo, convertido en una pelota. Pero Fred no llegó a verlo caer. La culata de una pistola le golpeó la nuca y todo desapareció repentinamente de su vista.

Cuando recobró el conocimiento se encontró esposado en el interior de un automóvil que descendía hacia Lake Placid. Pistola en mano, Jamerson iba a su lado vigilando sus menores gestos. Sonrió al ver que Fred había abierto los ojos.

—¡Vete preparando, amiguito! Pertener al famoso F. B. I., no te librará de acabar muy pronto en la silla eléctrica.

VI

AL BORDE DEL ABISMO

—¡**L**EVANTATE, cerdo! Ahí viene ya el abogado que pedías, aunque para lo que te va a servir...

Era Clay Benson quien le anunciaba la visita, sin molestarse en abrir la puerta de la celda. No; no pensaba abrirla en ningún momento. El abogado y Fred hablarían por entre los barrotes o no hablarían de ninguna manera.

—No vamos a dar facilidades para que intentes largarte.

Sloane se incorporó con dificultad en el camastro. Le dolían todos los huesos y era milagroso que sólo le dolieran. Lo lógico y natural, tras doce horas de lo que el bestia de Clay calificaba, entre risotadas, de «hábil interrogatorio», era que los tuviera todos destrozados.

—Si tuvieras un poco de mollera —agregó despreciativo—, comprenderías que es peor para ti seguir negando.

El agente especial no se molestó en contestarle. Los mayores insultos resbalaban sobre su piel paquidérmica, y los razonamientos no conseguían penetrar en el vacío absoluto de su cerebro. Hablar con él era perder el tiempo y malgastar saliva.

—Yo pienso por los dos—había dicho, orgulloso, Jamerson—, y es suficiente.

El sargento era más inteligente, sin duda; pero igualmente brutal. Fred tenía en su cuerpo las mejores pruebas. Fueron muchas las veces que rodó por el suelo en el transcurso de la noche, como única replica a sus protestas contra el crimen que le achacaban.

—Otros más duros que tú cantaron de plano —repitió con

frecuencia durante el interrogatorio—Tú verás hasta dónde te conviene aguantar. Por mí...

En realidad deseaba que Sloane siguiera aferrado a su negativa. Constituía un magnífico pretexto para dar rienda suelta a sus bestiales instintos. Consideraba el caso perfectamente claro, tenía todas las pruebas en la mano y el final...

—Será que te «tuesten», con confesión o sin ella.

Ante la incredulidad del detenido exponía con satisfacción todos los datos que había conseguido reunir. Empezaban con la búsqueda del viejo, que había ido a cincuenta sitios de la población preguntando por el agente especial sin poder encontrarle; seguía con la visita de Fred a la villa de Charlton, buscando de propósito las últimas horas de la tarde y un momento en que sabía totalmente sola a su víctima.

—Luego, Benson y yo oímos los disparos desde la carretera. Te vimos salir del hotelito y subir al Chrysler. Dimos el alto y emprendiste la huida. Fuimos tras de ti...

Incluso la agresión de Sloane contra Campbell la esgrimía como prueba de culpabilidad. La interpretaba como resistencia a la autoridad, que había tenido que reprimir con energía y contemplaciones.

—Ezra es un tahúr—contestaba airado Fred—, no un representante de la ley.

—Pero Benson y yo lo somos, y a nosotros quisiste matarnos también.

El agente especial deseó matarlos en distintas ocasiones, pero fue mucho después, cuando emplearon con él procedimientos recusados por todas las ordenanzas policiales. Cegado por la ira, desesperado, incluso trató de devolver parte de los golpes recibidos y alguna de sus patadas alcanzaron a Jamerson y Clay, aunque hubo de pagarlas muy caras.

—Necesito ver a Fielder.

—Le verás, claro que le verás. Es el jefe aquí y sólo se hace lo que él manda.

Pero eran las cuatro de la madrugada y estaba molido, cuando al fin consiguió que le llevaran a su presencia. Había puesto muchas esperanzas en aquella entrevista y todas quedaron defraudadas.

—Lo siento, amigo mío; créame que lo siento. Admiro, como el

primero, la magnífica labor del Bureau, y quisiera que todos sus agentes fueran auténticos superhombres, de vida inmaculada y conducta intachable. Pero «dura lex est lex», y usted...

—Yo no he hecho nada.

—Excepto asesinar a dos hombres. ¿Que Dan era un indeseable? Admitámoslo, aunque eso no justifique el crimen. Pero el otro...

—¡Le juro que no le maté yo! Cuando llegué a la villa...

Fielder le dejó hablar, pero con un gesto de claro escepticismo. Al concluir se disculpó por no creerle. Por desgracia, frente a sus palabras estaban las pruebas.

—Son tan abrumadoras, que no hay más remedio que inclinarse ante ellas.

—Y los disparos que pusieron fin a la vida del pobre Ronald fueron hechos con su pistola. ¿Necesita más?

¿Era tonto de nacimiento o se lo hacía con increíble perfección? Fred se inclinaba por lo primero; lo segundo implicaría una inteligencia de que evidentemente carecía. Pero aquello no mejoraba en absoluto la situación del agente especial.

—¿Que le han maltratado? ¡Y qué otra cosa podían hacer! Cuando usted les atacó, en uno de sus accesos de locura, se defendieron, naturalmente.

Parecía convencido de que Sloane estaba loco. Lo había sospechado la primera vez que habló con él y los acontecimientos posteriores confirmaron sus temores. Padecía manía persecutoria y soñaba con eliminar, en hipotética defensa propia, a unos no menos hipotéticos adversarios.

—Quiso matar a Robert Fleming, amenazó con liquidar al pobre Tom Smithson y admite haber suprimido a Dan Greaves. ¡Y todo en sólo cuarenta y ocho horas!

A la media hora de inútil forcejeo dialéctico, Sloane se convenció de que estaba perdiendo lastimosamente el tiempo. Hablar con Fielder era igual que hacerlo con una pared. Se limitó a pedir que avisaran a sus jefes del

F. B. I.

y a solicitar ser asistido por un abogado.

—La ley me autoriza a no pronunciar una sola palabra si no está delante cuando me interroguen y hasta verle no pienso abrir los labios, aunque me maten a palos.

—Nadie piensa matarle a palos —se ofendió el jefe policíaco—. Somos personas decentes, no facinerosos. Cumpló siempre con mi deber y la ley es para mi sagrada e inviolable.

Terminó, no obstante, por dar su palabra de que telefonaría a la División del Bureau, de Albany, de la que Fred dependía; que no le tocarían un pelo de la ropa y que por la mañana, lo más tarde, le visitaría el abogado que eligiere.

—¡El colmo! —se sorprendió cuando escuchó el nombre—. ¡Ir a nombrar al hermano de su víctima...!

—Usted avísele —gruñó Sloane, malhumorado—. Lo demás es cuenta suya y mía.

Estaba seguro de que acudiría a verle. Por poco inteligente que fuese era mucho más listo que Fielder, y no podría admitir un solo segundo su culpabilidad. Había, además, otra razón para elegirle: que era el único abogado que conocía en Lake Placid y en cien millas a la redonda.

Le habría gustado hablar también con Grace Flowers y Marihelen Maish. Pero a la primera no la hubiesen dejado pasar hasta su calabozo, y a la segunda no se molestarían en transmitirle el aviso. O si como suponía, Jamerson estaba de acuerdo y a sueldo de Campbell, decir que estaba allí era ponerla en un grave peligro.

—Bueno; ahí le tienes. Me apartaré unos pasos para no oír lo que decís. Pero no te perderé de vista, y si intentas algo contra míster Charlton...

Anthony Charlton avanzaba a lo largo del pasillo. Estaba más pálido que de costumbre, con los ojos hundidos e hinchados. No debía haber dormido en toda la noche; quizá había llorado un poco. Vestía de luto riguroso, y la mirada que fijó en el agente especial no tenía mucho de amistosa.

—He venido exclusivamente porque mi obligación como abogado me lo impone —dijo, a modo de saludo, al detenerse ante la celda—; pero ya comprenderá que dadas las circunstancias...

—Pero —le interrumpió Fred, excitado—, ¿ha podido pensar un solo segundo que yo tuve intervención alguna en el crimen?

—La Policía lo dice así y las pruebas...

—¡Al diablo las llamadas pruebas! Todas son amañadas o falsas. Escúcheme cinco minutos y después decida.

No fueron cinco, sino veinte los minutos que estuvo hablando.

No perdió uno solo de sus segundos. Dijo todo lo que quería decir, y lo dijo con habilidad, elocuencia, lógica y persuasión. Como un castillo de naipes destruyó las acusaciones lanzadas por Jamerson y Benson, haciendo resplandecer la verdad por encima de todas las mentiras.

—Los disparos que terminaron con la vida de su hermano fueron hechos con una pistola distinta a la mía, como podrán comprobar, sin dificultad, los técnicos. Es posible que fuese de igual marca y calibre, pero no era la misma.

Aún tenía mayor fuerza de persuasión la completa ausencia de todo motivo para cometer el crimen. Era Sloane, por razones que Anthony conocía perfectamente, quien mayor interés tenía en preservar y defender la vida del viejo.

—Y pretender que le maté en un ataque de locura y que soy un desequilibrado mental —agregó—, es una estupidez que sólo cabe en la cabeza de un cretino como Fielder.

Bastaría la llegada de cualquiera de sus jefes del Bureau para aclarar fuera de toda posible duda las razones de su estancia en Lake Placid. Y a esos mismos jefes, actuando con plena autoridad, no les llevaría muchas horas desenmarañar la red de embustes y calumnias en que trataban de envolverle.

—Nada temo por mí, naturalmente. Sé que mañana, pasado lo más tarde, estaré en libertad y totalmente reivindicado.

Le preocupaban otras personas. Lanzados por un sendero de crímenes, sería difícil que Ezra Campbell y sus amigos—entre los que figuraban Gordon Jamerson y Clay con absoluta seguridad, posiblemente el jefe local de Policía y, tal vez, el alcalde—no permanecieran cruzados de brazos aquellas cuarenta y ocho horas.

—Tratando de ocultar un asesinato no vacilarán en cometer varios más. Y usted, por ser hermano de Ronald, y aún más aún por estar enterado de todo, puede muy bien ser Ja primera víctima.

Sus palabras produjeron visible efecto en Anthony, que indudablemente las concedía pleno crédito. Reconoció de una manera explícita que Fred estaba en Jo cierto y que después de muerto el viejo tenía mucho más miedo que antes.

—Pero sin presumir de valiente, que no lo soy —añadió—, tenga la plena seguridad de que cumpliré con los ineludibles deberes de mi conciencia.

Convencido de la completa inocencia de Sloane, haría cuanto estuviera en su mano por ayudarle, sin por ello olvidar las precauciones precisas para evitar ser asesinado. Pensaba telefonar a las oficinas de Bureau en Albany, por si acaso Fielder no lo había hecho aún, contando lo que sucedía y pidiendo el envío inmediato de algunos agentes especiales.

—Espero que me hagan caso y que antes de dos horas estén aquí. Hasta entonces me encerraré en mi despacho, con una buena pistola al alcance de mi mano, y sin abrir a nadie.

Fred encontraba perfectamente cuerda su decisión. Era lo mejor que podía hacer, dado su carácter y circunstancias. Sin embargo...

—¿No considera necesario que Marihelen adopte las mismas precauciones?

Su interlocutor pegó un respingo. El miedo que sentía le había hecho olvidarse un poco del riesgo que podía correr la muchacha. Ahora, para justificarse a sus propios ojos, insinuó que nadie sabía que la hija de Mesh se encontraba en los alrededores.

—En esas condiciones no pende sobre su cabeza ninguna amenaza. A menos, naturalmente, que usted haya hablado de ella a Jamerson, y Campbell sepa a estas horas...

Sloane le interrumpió con viveza. Pese a que la muchacha constituiría en un caso extremo la mejor testigo para su defensa, no la había nombrado siquiera.

—De haberlo hecho, de saber el sargento quién es, lo que hace aquí y, especialmente, que vio el Lincoln en que escapó el asesino, ya no viviría a estas horas.

Anthony dio un suspiro de alivio. Luego miró en torno suyo, temeroso de que Clay hubiese podido oírlo. Por fortuna, Benson había ido a sentarse en un extremo del pasillo y no podía escuchar nada de lo que dijeran.

—Confíe en mí, Sloane —dijo el abogado al despedirse—. Hablaré inmediatamente con Albany y antes del anochecer estará usted en libertad. Y serán otros, los verdaderos asesinos, quienes se hallen entre barrotes.

Fred le vio alejarse a lo largo del pasillo. Luego, cuando volvió a tumbarse en el camastro, su estado de ánimo era diametralmente opuesto al de media hora antes. Incluso parecía haber desaparecido el efecto de los golpes sufridos.

Su confianza empezó a decrecer, no obstante, a medida que fueron transcurriendo las horas. Había calculado que sus compañeros de Albany estarían allí a las tres, y eran más de las cinco sin que se hubieran presentado. ¿A qué podía deberse el retraso?

Se formuló cien veces la misma pregunta sin encontrar una sola respuesta satisfactoria. Su confusión y desconcierto aumentaron cuando advirtió que la tarde llegaba a su final y tuvieron que encender las luces del pasillo y de la celda en que se encontraba.

—¡Prepárese, Sloane! Va a ser trasladado inmediatamente.

—¿De calabozo?

—De ciudad. El inspector Page, con el que acabo de hablar, me ordena que le conduzca esta misma tarde a Albany.

Vicent Page era uno de los jefes de Fred; precisamente quien le confió la misión qué tan desagradables consecuencias había tenido para él. Un poco raro resultaba que al saber que estaba detenido dispusiera su traslado, en lugar de ir personalmente a Lake Placid para investigar lo sucedido.

—¡Salga rápido! Hemos de llevarle a Albany antes de las diez de la noche.

Fielder hablaba en tono imperativo, y un poco maquinalmente obedeció Sloane. Junto al jefe de Policía estaban en el pasillo Jamerson y Benson, que se apresuraron a esposarle.

—¿Vendrá usted con nosotros?

—Lo lamento, pero no puedo abandonar mi puesto —repuso Fielder—. No tenga el menor cuidado, sin embargo. Gordon y Clay le acompañarán y con ellos nada malo puede pasarle.

Esposado, cogido de ambos brazos por sus guardianes, fue sacado casi a empujones de la Jefatura de Policía. No por la puerta principal, como observó con inquietud el agente especial, sino por una lateral y trasera. Era noche cerrada ya y no había nadie a la vista.

—Sube, y no nos obligues a meterte a patadas.

Había un coche parado junto a la acera, con el motor en marcha y los faros encendidos. Un empujón de Benson le hizo penetrar en el interior y sentarse en el baquet, al lado del conductor, que ya les esperaba con las manos apoyadas en el volante.

—¡En marcha! Y tú no hagas tonterías. No dejaré de apoyar el

cañón en tu nuca, y al menor escándalo...

Era Jamerson quién hablaba; sentado en el asiento posterior, en unión de Clay, acariciaba su cabeza con la boca de una pistola. La orden del sargento fue obedecida y el automóvil se puso en marcha.

—¡Ezra Campbell! —exclamó, sorprendido, Fred cuando al pasar por delante de una de las farolas del alumbrado pudo ver el rostro del conductor.

—¡El mismo! —afirmó, con una carcajada, el interesado—. Ayer me pegaste una coz y hoy quiero cobrármela con creces.

No cabía haberse ilusiones respecto a la forma en que pretendía cobrarse. Por si alguna le quedase a Sloane, bastarían a hacérselas perder comprobar que el coche en que viajaban era el suvo y que, lejos de tomar la carretera que conducía a Albany seguían la ruta que ascendía hasta la cima del Mount Whitney.

—¿No te agrada el camino? —preguntó Jamerson, irónico—. Lo creo. Fue por aquí donde cometiste los dos crímenes anoche y te remuerde la conciencia.

—Tú estás libre de remordimientos —replicó el agente especial —porque jamás tuviste conciencia.

—¡Y tú dejarás de tenerla dentro de seis o siete minutos!

Fred no contestó. Mirando por la ventanilla creyó ver, en una de las revueltas de la carretera, un coche que les seguía a un centenar de yardas con las luces apagadas. El hecho de que corriera envuelto en la oscuridad podría permitirle abrigar alguna esperanza. Pero ¿no le jugarían sus sentidos una mala pasada, haciéndole concebir ilusiones irrealizables?

Miró con atención en la revuelta siguiente y comprobó que no se había equivocado. Un automóvil sin faros les seguía de cerca. ¿Quién iría dentro? Seguramente Anthony Charlton que, sobreponiéndose al miedo, estaba dispuesto a todo para impedir su asesinato.

—Tal vez le acompañen algunos amigos resueltos y...

—¿Qué graznas entre dientes? —preguntó, alarmado, Jamerson.

—Que si llegáis a matarme —mintió Fred—, lo pagaréis con la vida.

Un coro de carcajadas acogió la afirmación. Ninguno de sus tres acompañantes parecía sentir el menor temor a las consecuencias del crimen que se aprestaban a perpetrar. Deseoso de distraerles, para

que no descubrieran el coche que los seguía, Sloane les pinchó para hacerles hablar.

—Mis compañeros de Albany estarán aquí dentro de unas horas, y entonces...

—No podrán hacer otra cosa que enterrarte y echar tierra al asunto. ¡Será lo mejor para el famoso

F. B. I.!

Orgullosos de su habilidad, hablaron mientras cruzaban como una exhalación por delante del hotelito del difunto Maish. La muerte de Fred no sería un crimen, sino un accidente.

—Nos falló el truco las dos primeras veces, pero a la tercera...

Todo saldría perfecto. El agente especial se despeñaría con su automóvil por el mismo precipicio en que Dan Greaves halló su trágico final veinticuatro horas antes.

—Nadie sabrá que transcurrió un día entero entre uno y otro suceso. Para las gentes habréis muerto al mismo tiempo, al despeñarse el automóvil mientras luchabais en el interior del coche.

Una leve sonrisa contrajo los labios de Sloane. Aunque sus enemigos se lo figuraban perfecto, aquel plan tenía tantos fallos que estaba condenado a un inevitable fracaso. Lo malo era que el fracaso sería muy posterior a su muerte, caso de que el ocupante del automóvil que los seguía no le prestara su ayuda en el instante decisivo.

Se abstuvo, claro está, de decirlo. En realidad, no habría tenido tiempo porque, marchando a una velocidad excesiva, dada la oscuridad y el mal estado de la carretera, estaban a los pocos segundos en el sitio en que Dan se había matado.

—Para pegado al muro rocoso —ordenó Jamerson—. Hay que dejar espacio para torcer la dirección y apretar el acelerador de modo que el coche atravesase la carretera, para lanzarse al vacío en el sitio justo que nos interesa.

Campbell obedeció complacido y Jamerson y Benson se apearon para buscar unas señales puestas al borde del abismo. Mientras daban con ellas, explicaron a Ezra.

—Tenemos que procurar que el coche caiga lo más cerca posible del cadáver de Dan.

El cerebro de Fred trabajaba febril. El automóvil que les seguía no tardaría en hacer su aparición. Aunque quizá se retrasase medio

minuto porque no hubiera podido correr a oscuras con la misma rapidez que ellos. Tenía que ganar tiempo como fuese.

—Si me dejáis puestas las esposas —dijo, por decir algo—, el F. B. I.,

sabrás que me matasteis vosotros.

—Te las quitaremos, pero después. Antes podía resultar peligroso.

—¿Tanto miedo me tenéis?

—Eres tú quién está muerto de miedo y... ¡Maldita sea! ¡Pues no se acerca un coche ahora!

Era cierto. En el silencio de la noche se percibía con claridad el ruido del motor. Debía estar ya a menos de cien yardas.

—Apaga las luces y tapa la boca a ése —ordenó Jamerson—. Nosotros vigilaremos de este lado de la carretera por si se le ocurre detenerse.

El coche apareció de pronto en una revuelta de la carretera. Benson gritó excitado al descubrir que avanzaba con los faros apagados. Jamerson gritó también, pero por distinto motivo. El automóvil que se acercaba acababa de encender los faros y los dirigía contra ellos, deslumbrándolos.

—¡Cuidado! —chilló Campbell, excitado—. ¡Quiere lanzaros al...!

El automóvil se acercaba ahora a velocidad de vértigo y pegado materialmente al borde del acantilado. Jamerson tuvo de pronto la seguridad de que iba contra ellos para arrojarlos al vacío y quiso cruzar a todo correr la carretera.

Aterrado, Benson quiso imitarle. Pero los dos se dieron cuenta del peligro demasiado tarde y no consiguieron otra cosa que precipitar su final. Gordon fue alcanzado por el automóvil en el centro de la carretera. El terrible golpetazo le hizo salir por los aires para caer pesadamente diez pasos más allá, donde las ruedas del coche le pasaron por encima del pecho y la cabeza.

A Clay sólo le alcanzó de refilón una de las aletas. No por eso fue menos trágica su suerte. El refilonazo le hizo perder el equilibrio y retroceder tambaleante. Al borde del abismo pareció darse cuenta de lo desesperado de la situación y abrió los brazos buscando un punto de apoyo inexistente. Una décima de segundo vaciló manoteando en el vacío: luego, con un grito de terror en los

labios, cayó verticalmente desde una altura de trescientos pies.

Todo sucedió con la rapidez de un relámpago.

Desde el interior del Chrysler, Fred y Ezra habían seguido impresionados la trágica escena. Campbell reaccionó con prontitud. Sacando una pistola se asomó a la ventanilla gruñendo:

—¡Voy a dar a ese...!

No llegó a concluir la frase. Sloane intervino con decisión y violencia. Elevó sus puños cerrados y juntos en el aire y los dejó caer con toda la fuerza de que se sentía capaz sobre la nuca del tahúr. El acero de las esposas chocó con metálico son contra la cabeza de Ezra, que se derrumbó inerte como res apuntillada.

De un empujón, Fred le tiró a la carretera. Bajó a su vez del coche, apresurándose a recoger el arma perdida por el tahúr. Por fortuna, no tenía contra quien emplearla. Benson estaba muerto en el fondo del precipicio; Jamerson aparecía destrozado en el centro de la calzada y habrían de transcurrir muchos minutos antes de que Campbell recobrase el conocimiento.

Buscó entonces con la mirada al coche al que debía su increíble salvación. Se había detenido a un centenar de yardas. Sintió una gratitud sin límites por aquel Anthony Charlton, capaz de tales heroicidades a pesar de su terror pánico y le llamó a voces.

Una persona se apeó del coche y corrió a su encuentro. Pero no tenía la estatura de Charlton ni la más remota semejanza con el abogado. Un momento se restregó, incrédulo, los ojos, porque se trataba de una mujer. Pensó entonces en Marihelen Maish y bendijo mentalmente la idea de Ezra y Sus amigos de intentar matarle allí, pasando por delante del hotelito de la muchacha.

Pero corriendo cuesta abajo, la chica estaba ya lo suficiente próxima para poder ver sus facciones y Fred la reconoció con un asombro lindante con la estupefacción:

—¡Grace Flowers...!

Corrió a su encuentro también y se dejó abrazar por la muchacha, ya que las esposas le impedían hacerlo a su vez. Pero sí pudo besarla, y Grace no retiró precisamente los labios. Aunque temblaba de pies a cabeza y las lágrimas le corrían por las mejillas, Sloane hubiese jurado que había un brillo de felicidad en sus pupilas.

—Pero—quiso saber Fred, cuando la joven se apartó unas

pulgadas—, ¿cómo diablos has podido llegar con tanta oportunidad?

Precipitadamente se lo dijo Grace. Aquella tarde había visto a Campbell y Jamerson ascender por la carretera en dos coches distintos y regresar juntas en uno. Quiso saber qué habían hecho con el otro y lo encontró escondido en las inmediaciones del sitio en que proyectaban matar al agente especial.

—Di por descontado que era el automóvil que pensaban utilizar para regresar a Lake Placid y me imaginé sin dificultad el resto.

Había pasado más de dos horas esperando con las luces apagadas en el arranque de la carretera hasta que vio pasar el Chrysler. Marchó ras él procurando no ser descubierta y sin saber exactamente lo que podía hacer.

—En el último instante se me ocurrió que si atropellaba a Gordon y Clay estabas salvado y pisé a fondo el acelerador lanzándome contra ellos. Lo malo es que no sabía que Campbell iba también con vosotros.

Ezra pudo hacer fallar su desesperada tentativa, asesinando a Fred. También pudo despeñarse con el automóvil al embestir a los forajidos con una velocidad casi suicida en aquella angosta carretera. Por suerte, todo había salido bien.

Libre ya de las esposas —habían encontrado las llaves en los bolsillos del sargento y las pulseras de acero se cerraban ahora en torno a las muñecas de Campbell, que seguía sin volver en sí—, el agente especial la abrazó emocionado y agradecido. Ni siquiera se molestó en preguntarle si estaba enamorada de él. No era preciso, visto lo hecho por la joven.

—Yo también te quiero, Grace. Me gustaste como ninguna mujer cuando te vi la primera vez y ahora...

Pero pasada la efusión sentimental quedaba un punto oscuro. Para que *miss* Flowers hubiera seguido a Campbell y Jamerson, vigilando sus movimientos, algo tenía que haberla hecho sospechar lo que tramaban. ¿El qué, concretamente?

—Es muy sencillo —repuso la chica—. Me impresionó mucho la descripción que ayer hiciste de Marihelen Maish; tanto, que un momento creí que estabas enamorado de ella. Y me propuse verla.

La muerte de Ronald, que se divulgó como reguero de pólvora por Lake Placid, la impidió buscarla la tarde anterior. Pero aquella

mañana, cerca ya del mediodía, la había visto.

—Tu descripción era exacta —añadió, sonriente—, y la reconocí en el acto.

—Y fue ella la que te dijo que yo...

—No me dijo nada, porque no cruzamos siquiera una palabra. Pero sólo con verla tuve suficiente.

—¿Por qué? —preguntó Fred, confuso.

—Porque no es Marihelen Maish—fue la inesperada respuesta—. Anduvo por aquí hace algún tiempo y se llama Ida Mortgage.

—¿Estás segura? —exclamó boquiabierto el agente especial.

—De eso y de algo más grave aún —respondió la joven—. ¡Ida Mortgage es la amiga de Anthony Charlton...!

VII

LA ESTIRPE DE CAÍN

AGITADO, inquieto y alarmado, apenas podía dominar sus nervios. Anthony Charlton paseaba por su despacho como fiera enjaulada, aguzando el oído y esperando con angustiada impaciencia.

—¡Ese imbécil de Fielder...! —Gruñó, irritado—. Cuando llegue va a tener que oírme.

Era extraño su retraso. Hacía más de una hora que debía estar allí y ni siquiera se molestó en telefonear. Tuvo que llamarle él y Edward, con su estupidez habitual, se limitó a decirle que todo iba bien. Charlton hubiera querido preguntarle muchas cosas, pero era prudente no fiarse del teléfono.

—Venga inmediatamente—hubo de limitarse a decir—. Necesito que hablemos.

De tratarse de otra persona, la tardanza del jefe policiaco se le hubiera antojado un auténtico desastre. Pero de la falta de inteligencia de Fielder —un simple globo hinchado de vanidad—, podía esperarse cualquier cosa; incluso que no comprendiera su prisa en verle.

—¡Aviado estaba si todos fueran como él...!

Afortunadamente, los otros, todos los otros, valían cien veces más. Ezra Campbell cortaba un pelo en el aire, iba hasta el fin sin reparar en los medios y sabía siempre cómo hacer las cosas. Gordon Jamerson no desmerecía en nada a su lado; hasta podía decirse que le superaba en muchos aspectos. Y Clay Benson, pese a su innata brutalidad, era un elemento útil y aprovechable.

—Sólo ese cretino es capaz de meter la pata.

La estaba metiendo con su retraso El inspector Page estaría allí a la mañana siguiente, tal vez aquella misma noche. Antes, mucho antes, debía estar todo liquidado y resuelto. Lo estaría ya, con casi absoluta seguridad. Pero ¿por qué tardaba tanto Fielder?

—¡Al fin! —exclamó, con un suspiro de alivio, interrumpiendo sus paseos.

El ascensor se había detenido en aquella planta y alguien se acercaba. Sólo podía ser Edward. Excepto él, nadie sospechaba que, pasadas las diez de la noche, seguía en su despacho. Sólo cabía una excepción: Ida. Pero Ida se había largado y estaría a estas horas en Glens Falls o Saratoga Spring.

—¡Es él, indudablemente!

Había llamado utilizando la seña convenida. Charlton fue a abrirle, impaciente por oír sus noticias, pero dispuesto a echarle un buen rapapolvo. Sin embargo, se quedó sin habla y todo empezó a darle vueltas cuando descubrió a su visitante.

—¿Qué, le ha dejado mudo la sorpresa? —preguntó Sloane en tono burlón.

—¡Usted! —acertó a exclamar Anthony, sumido en un mar de confusiones—. ¡Usted aquí!

—¿Le sorprende? —siguió sonriendo Fred, que entró resuelto, cerrando la puerta a su espalda, pero sin sacar la mano derecha del bolsillo de la americana—. ¡Es lógico que le asombre! A estas horas sus buenos amigos debían haberme arrojado por un precipicio de trescientos pies. ¡Y convenientemente esposado para que no pudiera salvarme!

—No entiendo lo que quiere decir —mintió sin demasiado aplomo—. Ni sé a qué amigos se refiere, ni nada de ese precipicio por el que supone que quisieron tirarlo.

—¿Lo supongo yo, eh? —Tornó a reír, burlón, el agente especial—. Usted se limita a dar las órdenes y luego se lava las manos, ¿verdad? Salvo cuando los demás vacilan y tiene que disparar como hizo contra su hermano.

—¿Ronald? Pero ¿se atreve a insinuar que fui yo el que...? ¡Está usted loco, rematadamente loco!

—¡Es inútil la farsa, Charlton! Sus amigos han cantado de plano...

—¿Mis amigos? —continuó simulando un asombro sin límites el abogado—. ¡Ninguno de mis amigos tiene nada que decir...!

—¿Ni siquiera la encantadora Ida Mortgage?

Anthony cambió de color. El simple nombre de la muchacha era prueba decisiva de que Sloane estaba enterado de todo.

—¿O acaso serán Ezra Campbell, Edward Fielder, Gordon Jamerson y Clay Benson, sin olvidar al bueno de Tom Smithson, los que no pueden decir nada?

—¿Han hablado... éstos? —Se le escapó preguntar, pese a que la pregunta equivalía a un reconocimiento de culpabilidad.

—Algunos no podrán decir nada. Gordon y Clay, por ejemplo, están muertos. Campbell tardará unas horas en poder declarar y Fielder sufre un ataque de nervios.

—Entonces, ¿quién se atreve a decir nada malo de mí? —inquirió, mientras en su ánimo se abría paso una remota esperanza.

Pero Fred dijo lo que sabía y cada una de sus palabras resonaba como una paletada de tierra sobre su propio ataúd. No mencionó los nombres de sus informantes, pero demostró estar perfectamente enterado de todo. Charlton se considere perdido, recordó que llevaba una pistola en el bolsillo y pensó sacarla.

—¡Cuidado! —le advirtió Sloane, en cuya mano derecha apareció un pequeño revólver—: Tiraría primero, y lo haría a matar.

Tuvo que seguir escuchando hasta el final. Hablando rápido, empleando el menor número posible de palabras, Fred puso al descubierto la trayectoria entera de su vida. Prescindiendo de pequeños detalles, pero pintando a grandes y certeros brochazos un retrato impresionante y exacto.

—Odió toda su vida a Maish, porque acumuló millones, y a su pobre hermano porque era más bueno, noble, decente y altruista. Pero se pegó a ellos como una lapa para que cuando alcanzasen la cumbre le llevaran consigo.

Luego, a la muerte de Rudolph, soñó con hacer una fortuna inmensa, con dominar a los hombres y ejercer una autoridad indiscutida sobre la región. Comprendió que el juego podía ser un trampolín y se dispuso a explotarlo, sirviéndose de intermediarios y testaferros.

—Para asegurarse la completa impunidad había hecho jefe de la

policía local a un cretino irresoluto, dándole como ayudante a Jamerson, cuya ambición conocía y cuyas debilidades le hacían instrumento sumiso de sus designios.

Ezra Campbell, un antiguo tahúr, un viejo gángster que se decía regenerado, pero cuyo único cambio había sido el nombre que utilizaba, se convirtió en su brazo derecho. El Casino Royale proporcionaba espléndidas ganancias.

—Pero no les bastaba y aprovechando el emplazamiento de Lake Placid recurrieron a un negocio más lucrativo: el espionaje.

Todo fue bien hasta que Ronald Charlton, dolido y asqueado por lo que sucedía, empezó a moverse tratando de poner remedio a la situación e hizo confidente de sus anhelos y propósitos a su hermano, sin sospechar que se trataba del mayor responsable.

—Habilidosamente le estuvieron entreteniéndolo y engañándolo durante varios meses; creyéndole inofensivo, se reían de él y le dejaban hacer. Al fin, el viejo tomó una resolución extrema: escribir a Marihelen Maish, por un lado, y acudir, por otro, al Federal Bureau of Investigation.

—¡Mentira! —protestó débilmente el abogado—. Todo eso es mentira...

Sin hacerle caso, Fred continuaba hablando.

—La hija de Maish no quería saber nada de Lake Placid, y por ese lado estaba tranquilo. También confiaba en que el F. B. I., no daría el menor crédito a una denuncia disparatada que parecía obra de un lunático.

Pero al presentarse Sloane de manera totalmente inesperada, la cuestión tomó un nuevo giro. Advertido por Tom Smithson, Campbell encargó a Fleming que suprimiera al agente especial como había suprimido otros estorbos, y el encargado fracasó en el empeño.

Como Fred negaba en todos los tonos haber ido allí con una misión oficial, Anthony se aferró a la esperanza de que nada tuviera que ver con la denuncia de su hermano. Para salir de dudas y luego de fallar la tentativa de obligar a Ronald a vender por la fuerza, se le ocurrió decir que Marihelen Maish había vuelto.

—El viejo no la conocía personalmente y yo tampoco. No creía que existiera, pues, el menor peligro de que la identificásemos como

Ida Mortgage, y aislada en el hotelito de la montaña no era de temer que la viesen otras personas.

Merced a la superchería logró lo que se proponía: desilusionar por completo a Ronald, diciéndole que no pensaba deshacer la venta del Royale y arrancar a Sloane la confesión de que estaba allí en misión oficial. Como contrapartida, por algo que se escapó a la muchacha, el viejo sospechó que no era la que decía y al día siguiente, tras examinar una colección del «County Daily», supo que había sido víctima de un engaño.

—Ida Mortgage trabajó hace tiempo como animadora en el Royale. El periódico local publicó su fotografía y Ronald la encontró.

Buscó al agente especial para decírselo, pero no dio con él. Enterado de lo que sucedía, el abogado tiró por la calle de en medio. Mientras Ida entretenía a Fred hablándole por teléfono, Dan Greaves se ocultó en el interior de su coche para impedirle llegar a casa del viejo y asesinarle.

—Mientras, usted con algunos de sus secuaces se encargaba de Ronald. Procedieron con cierta calma, seguros de que le sobraba tiempo, hasta que un telefonazo de Ida, anunciándoles que había escapado de manos de Dan, les forzó a precipitarse.

Anthony quiso liquidar a Fred en casa de su hermano, para hacer creer que se habían matado mutuamente, en un ataque de locura del agente especial. El miedo le hizo fallar la puntería y escapó aterrado perseguido por Sloane. Por suerte para él, Campbell, Jamerson y Benson, que aguardaban escondidos en los alrededores, salieron tras el agente especial y lograron darle alcance.

—Fielder pensó que amañando algunas pruebas y testimonios lograrían hacerme condenar. Cuando habló conmigo, usted se convenció de que no sería así; que caso de ser juzgado podría demostrar no sólo mi inocencia, sino la culpabilidad de otros.

Ni Edward ni él habían dado cuenta de lo que sucedía al F. B. I.;

incluso, como medida de precaución, no habían divulgado la detención de Fred. Creían poder disponer de unos días, hasta que se enteraron de que Grace Flowers sí había telefoneado a Albany.

—Entonces decidieron liquidarme inmediatamente, Jamerson,

Campbell y Benson se encargaron del sucio trabajito, pero fracasaron también. Y ahora...

—¡Todo eso lo ha inventado usted! Ronald era mi hermano, todo el mundo sabe cómo le quería y nadie creerá que pudo hacer nada contra él.

—También Abel fue muerto por su hermano. La estirpe de Caín no ha desaparecido aún de la faz de la tierra y usted es el mejor ejemplo.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Obligarle a confesar sus crímenes. Es posible, como antes dijo, que alguien se resista a creer que asesinó a Ronald. Necesito que confiese por escrito y va a hacerlo.

—¿Y si me niego?

—Moriría antes y no podría negar nada. Tres veces intentó matarme en los últimos días; yo sólo lo intentaría una, pero sería suficiente.

Cobarde siempre, Anthony miró el arma que empuñaba y empezó a temblar. Ante el gesto imperativo de su adversario, cogió pluma y papel y empezó a escribir. Pero no comenzó confesando sus crímenes; quiso ganar tiempo hablando de Maish y del Royale, en espera de que se le presentase alguna oportunidad.

Con disimulo fue alargando la mano izquierda hasta tropezar con el arma. Entonces cambió radicalmente. Echando hacia atrás el sillón se apartó de la mesa y se irguió bruscamente, empuñando el revólver.

—¡Todavía puedo escapar!

Sloane había levantado los brazos y su gesto revelaba estupor y miedo. El abogado sintió un íntimo orgullo.

—¿Después de matar a Ronald? —preguntó con voz temblorosa el agente especial.

—¡Qué importa ya! ¡Tú eres el único que estás enterado y si te liquido ahora, antes de que lleguen tus amigos del

F. B. I.!

—Pero —insistió Fred—; aunque sólo sea para satisfacer el último deseo de un condenado a muerte, ¿asesinó a su hermano?

—¡Sí! —vociferó exaltado Anthony—. Era un maldito imbécil que me tenía harto con sus sermones. Por sus escrúpulos tontos no pude quedarme con todo el dinero de Maish y encima quería

destrozar mis planes ahora. Peor aún: destrozarme a mí. Supo quién era Ida, sospechó que yo lo dirigía todo y quería mandarme a presidio.

—¿Le mató por eso?

—¡Claro que le maté por eso! Como voy a matarte a ti antes de,

...

No concluyó la frase. El rostro y la actitud de Sloane experimentaron una brusca mutación. Dejó de temblar repentinamente, de su cara desapareció toda expresión de temor, bajó los brazos con entera tranquilidad y ordenó:

—¡Entréguese sin hacer tonterías Charlton!

—¿Entregarme, imbécil? ¡Mira lo que voy a entregarte...!

Con prisa febril apretó el gatillo. Lo hizo tres veces seguidas y vio girar el tambor del revólver, pero no se produjo la esperada detonación.

—¡No sea tonto, Anthony! ¿No ha comprendido aún que el revólver está descargado? ¿O cree que de no estarlo le habría dejado apoderarse de él?

La amarga verdad se abrió paso hasta el cerebro del abogado. Había caído en una vieja trampa. Sloane necesitaba hacerle confesar el asesinato de su hermano y se valió de un pequeño truco.

—¡Pero al final te saldrá mal! —chilló rabioso.

Lanzó el arma inútil a la cabeza del agente especial, que se agachó para eludirla y con rapidez vertiginosa sacó la pistola que llevaba en el bolsillo. Todavía estaba en condiciones de matar a su enemigo. ¡Aunque fuera lo último que hiciera en la vida!

Fracasó también. Con un salto de atleta, Fred se le echó encima en el momento mismo en que sacaba el arma. Le cogió el brazo derecho, que retorció con fuerza. El abogado apretó el gatillo con un esfuerzo desesperado. Ahora sí resonó la esperada detonación, pero el plomo se clavó en el suelo.

Tuvo que soltar la pistola cuando el dolor provocado por la torsión del brazo se le hizo insoportable. Sloane le propinó entonces un violento empujón que le arrojó contra la pared y el abogado quedó allí, inmóvil, medio atontado, sin fuerzas para intentar fortuna una vez más.

—¿Oyó su explícita confesión, inspector? Pues creo que ya pueden llevarsele.

La puerta del despacho se había abierto de golpe al sonar el disparo y habían entrado varios hombres. Uno de ellos era el inspector Vincent Page; sus acompañantes, agentes del F. B. I.

Dos de ellos se acercaron a Charlton para esposarle.

—La oí y es suficiente —repuso el inspector—. Pero usted se jugó la vida para arrancársela y eso...

—Tenía que hacerlo para que el servicio no quedase incompleto.

—No hubiese quedado de ninguna manera. Una vez detenidos Ida, Campbell, Fielder y Fleming hubiéramos descubierto con rapidez toda la verdad.

Sloane no estaba tan seguro. Ni Campbell, con intensa conmoción cerebral, ni Fielder, víctima de un ataque de histerismo al ser detenido, habían declarado aún; Fleming sólo sabía que Ezra y el abogado estaban de acuerdo; Ida, por su parte, no admitía otra cosa que una suplantación de personalidad.

—Tony me dijo que se trataba de una broma inocente—sostenía —, y yo le creí.

Ninguno hasta aquel momento había acusado de una manera concreta y directa a Charlton de ser el culpable principal de todos los crímenes perpetrados. Y aunque alguno lo dijese, el interesado se encerraría en una rotunda negativa.

—Corríamos el peligro de que los jueces, dada la monstruosidad del delito perpetrado por él, se sintieran asaltados por una pequeña duda. Ahora ni los jueces ni nadie puede dudar ya.

Page tuvo que darle la razón. Añadió algo más: su felicitación entusiástica y el anuncio de una recompensa por la brillante labor desarrollada. Pero Fred le atajó sonriente:

—¡Yo ya he recibido la mejor de las recompensas!

Un momento el inspector creyó que se había vuelto loco viendo que le volvía la espalda y corría hacia la puerta. Rectificó cuando descubrió que en la puerta estaba Grace Flowers, que se arrojaba sonriente en los brazos del agente especial.

FIN

Miró a su alrededor como una fiera acorralada.

Un peligro real y siniestro se cernía sobre él, aquellos hombres no dudarían en silenciarle para siempre.

La pistola apareció de nuevo en su mano derecha y la resolución se pintó en sus ojos.

Los tres hombres seguían avanzando hacia él.

CARGA PARA LOS ATAQUES

de LEWIS HAROC

será publicada con el número 499 en la
incomparable Colección
F. B. I. de



EDITORIAL ROLLAN

LA EDITORIAL DE LOS
EXITOS

**PRECIO DE ESTE
VOLUMEN: 6 PTAS**

